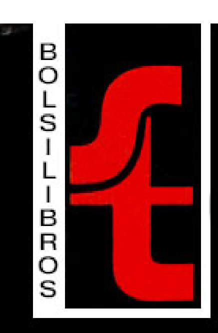


Selección

TERROR

LA LEYENDA NEGRA

BURTON HARE

El resplandor de la luna giró con el transcurrir del tiempo. Incidió al fin sobre aquel rincón, en los aledaños de las mohosas rejas de las mazmorras. Una de las grandes rocas se estremeció y poco a poco se desplazó hacia fuera y finalmente cayó con sordo impacto.

La oscura cobertura mostró una oquedad profunda, sombría como la muerte. De ella salió primero un hedor nauseabundo, la pestilencia de la putrefacción.

Después, dos puntos rojos parecieron brillar en la negrura. Dos pupilas diabólicas, fijas, que no parpadeaban.

Hubo un apagado gruñido y luego otro más débil pareció responderle al primero. Las pupilas llamearon como taladrando las tinieblas.

Después de esto, reinó el silencio y el fulgor demoníaco de los puntos rojos fue apagándose paulatinamente.

Ya sólo se escuchaba un leve jadeo, entrecortado y bronco, que sonaba en dos tonos igualmente siniestros, uno más débil que el otro…



Burton Hare

La leyenda negra

Bolsilibros: Selección Terror - 82

ePub r1.0

Titivillus 06.04.15

Título original: *La leyenda negra*
Burton Hare, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Espesas nubes de color plomizo surcaban el cielo impelidas por el frío viento otoñal, un viento que soplaba a ráfagas arremolinando las hojas muertas que sembraban la campiña y que se alzaban, girando, en una danza lúgubre sin principio ni fin.

A la izquierda de la carretera de tierra apisonada, el mar, sacudido por una profunda galerna, resonaba con sordos estampidos contra el acantilado en salvajes embestidas que trenzaban inacabables mantos de espuma.

El coche que traqueteaba en la maltrecha carretera dejaba atrás una espesa polvareda, y a cada salto que daba en los profundos baches, soltaba un concierto de crujidos.

El hombre que manejaba el volante dijo:

—Estamos llegando, Bickert. El castillo está al otro lado de ese promontorio, sobre el mar.

Su compañero se limitó a gruñir, arrebujándose en el abrigo que le envolvía casi hasta las orejas.

El conductor añadió:

—Ya verás… Es el lugar ideal para nuestro negocio.

—Por lo menos, parece aislado… El último pueblucho que pasamos debe quedar a más de quince kilómetros, y es apenas una pocilga. Esas gentes no vendrán a meter las narices donde no deben.

Tenía una voz profunda, ronca.

El conductor, llamado Hubert Skruda, gruñó:

—Pensé que te habías quedado mudo. Mira, ahí está.

Bickert se enderezó, súbitamente interesado.

El coche había remontado el promontorio y ahora tenían a la vista un roquedal impresionante, casi cortado a pico sobre el mar. Como si fueran una prolongación de la sombría roca, se alzaban los oscuros muros de un castillo medieval, coronado por los sólidos torreones erizados de almenas.

Arboles escuálidos se agarraban a las grietas del roquedal sosteniéndose milagrosamente y resistiendo los embates del viento.

—¿Qué te parece?

—Siniestro.

Skruda soltó una carcajada.

—Ni más ni menos, Bickert, ésa es la palabra: siniestro. Lo que nos convenía, ¿no crees? No hay ni un lugareño que se atreva a acercarse a menos de un kilómetro de esos torreones.

—¿Por qué?

Skruda giró el volante para tomar una endiablada curva del camino que se encaramaba ahora a espaldas del castillo, bordeando el roquedal.

—Parece que existe una leyenda o algo así. Temen a los aparecidos.

Bickert le miró de soslayo para asegurarse de que no se burlaba de él. Luego, gruñó y volvió a subir el cuello del abrigo.

—Estaría bueno que hubieses alquilado un castillo con fantasma incluido —rezongó después—. Tendríamos un buen anfitrión.

—*La Leyenda Negra*.

—¿Qué?

—Así es como llaman a esa patraña. Pero no sé si se trata de fantasmas o qué. No me detuve a preguntarlo.

—¿Te hablaron de eso cuando lo alquilaste?

—No digas tonterías. ¿Tú crees que las autoridades comunistas se rebajarían a mencionar siquiera esas estúpidas supersticiones? Tenían miedo de que les depurasen si la cosa llegaba a oídos de sus jefes.

—Ya es sorprendente que te alquilasen este lugar, Por lo menos historia si debe tener, y el gobierno yugoslavo conserva las reliquias históricas…

—Creo que lo restauraron hace algún tiempo con la idea de convertirlo en parador de verano, pero luego el proyecto no prosperó…

El coche petardeó al enfilar una empinada cuesta. Skruda redujo las marchas y emprendió el último tramo.

Unos minutos después, el viejo auto desembocó en una plazoleta circular que se extendía frente al enorme portalón de entrada a la fortaleza.

Los dos hombres se apearon y Bickert tendió la mirada, impresionado a su pesar, porque era la primera vez en su vida que contemplaba un panorama tan majestuoso, con el sombrío mar al fondo, rugiendo bajo la galerna, y las nubes oscuras que parecían a punto de ceñirse en torno a los altos torreones de piedra.

Y los muros, construidos con unos bloques oscuros y enormes, todo ello bajo las luces otoñales de ese atardecer en el que gemía el viento cual una queja lúgubre y profunda.

—¿Sabes si por lo menos hay calefacción en esa tumba, Hubert?

—Ya te dije que lo habían equipado como parador, aunque no llegaron a inaugurarlo, ignoro por qué razón. Me dijeron que el castillo dispone de agua caliente, por lo tanto, supongo que también tendrá calefacción.

El crepúsculo oscurecía los torreones y las murallas. Las ventanas ojivales parecían negros ojos en los grisáceos muros. Cuando Bickert levantó la cabeza, gruñó:

—Murciélagos… Se me ocurre que sólo esos bichos deben ser capaces de vivir ahí… ¡Maldita sea, mira eso, Hubert! —chilló de pronto.

Skruda se volvió, siguiendo la dirección que su compañero señalaba con su dedo rígido.

En uno de los pétreos ventanales de la planta baja brillaba ahora una luz amarillenta y oscilante.

—Hay alguien ahí, Hubert —masculló Bickert—. Y no creo que sea el fantasma…

Con un gesto brusco sacó una pesada pistola Luger de entre sus ropas y corrió agazapado hacia la puerta.

Skruda no se dio prisa. Subió los peldaños de piedra maciza y levantando la enorme aldaba la dejó caer sobre la madera claveteada.

El golpe resonó en el silencio como un cañonazo.

Bickert exclamó:

—¡Idiota! Ahora has delatado nuestra presencia…

—¿Crees que no habrán oído el coche, sea quien sea que esté ahí?

Bickert apretó los labios y tensó el dedo en el gatillo.

El enorme portalón se movió de pronto. Por la rendija surgió una cuchillada de luz y después un hombre.

El hombre era alto, corpulento, de rostro pétreo como los muros del castillo.

Juzgando por su aspecto no tenía nada de fantasmagórico. Era sólido y macizo y su presencia hizo que Bickert diera un brinco, estupefacto.

—¡Darkin! —exclamó—. ¡Condenación! ¿Qué clase de broma es ésta, Hubert?

Éste estaba riéndose entre dientes y ahora soltó una carcajada.

—Mi pequeña sorpresa de bienvenida, querido. No te alteres. Pensé que si había un fantasma en esa choza nadie mejor que Darkin para entendérselas con él. ¿Viste alguno, compañero?

—Hasta ahora, no, pero puedo jurar que ahí dentro hay un millón de rincones donde podría esconderse uno de esos fulanos vestidos con una sábana… Y no hay calefacción, viejo, sólo estufas a gas. Pero en compensación, tenemos chimeneas en casi todas las habitaciones, y una monumental en el salón, y buena reserva de leña que…

—¡Cierra el grifo! ¿Trajiste la lancha?

—Seguro. Está amarrada abajo, en la pequeña caleta que se hunde dentro del roquedal. Un lugar abrigado y discreto, patrón.

—Lo vi cuando estuve aquí la primera vez.

Entraron en el inmenso vestíbulo. Las paredes de piedra eran tan sombrías como las del exterior, pero por lo menos conservaban algunos tapices, viejas armas de guerra medieval, y al pie de las pétreas escalinatas, se erguían dos armaduras impresionantes. Una sostenía un espadón de dos filos y proporciones gigantescas, y la otra una pesada alabarda mohosa, pero tan mortífera como en los tiempos en que fue construida.

En las paredes brillaban amarillentas luces eléctricas, disimuladas en viejos velones de hierro forjado.

—¿Qué pasa con la luz, no hay lámparas más potentes? —rezongó Bickert.

—Eso es debido al voltaje. ¿Dónde crees que estás, muchacho, en Nueva York?

—Esa maldita luz deja sombras en todos los rincones.

—¿Y a ti qué te importa eso? O acaso temes a los aparecidos, aunque si es así, déjame decirte que yo llevo dos días aquí y no he visto ninguno.

Atravesaron la colosal estancia y Darkin abrió una puerta de roble claveteada. Entraron en una sala casi tan grande como el vestíbulo. En una enorme chimenea ardía un alegre fuego de troncos que esparcía un agradable calorcillo alrededor.

Bickert se apresuró a acercar a él las manos, despojándose del abrigo.

—Esto reanima —gruñó—. ¿Cuándo empezaremos, Hubert?

—Calma. Primero debemos instalarnos. Mañana al amanecer, Darkin se irá con la lancha, para regresar dos días después con los últimos informes definitivos. Si todo va bien, la próxima semana tendremos aquí la primera remesa.

—He preparado algo de comer. La cocina no es lo que se dice un portento, pero sirve.

Se fue dejándoles solos junto al fuego.

La noche cayó aprisa. Les llegaba el bramido del mar y el ulular del viento, pero en el interior de la fortaleza estaba tan silencioso como un sepulcro.

Darkin preparó una mesa junto al fuego y se encargó de servir también la cena, que consistía en conservas condimentadas por él, vino rojo como la sangre y pan un tanto seco.

—Traje una caja de botellas de *whisky* en la motora —anunció riendo—. Pensé que la aduana de este país pondría el grito en el cielo si les restregábamos todo ese licor por las narices. Hay una botella en aquella alacena del rincón. Las demás están en el armario de la cocina.

—Te has portado bien, Darkin.

—Hice todo lo que tú pediste. Pero gasté todo el dinero entre las provisiones y una cosa y otra.

—Tendrás más antes de irte. ¿Preparaste también los dormitorios?

—Seguro. Hay un pasillo al otro lado del vestíbulo en el que se abren cinco habitaciones, más dos cuartos de baño. Esos cuartos de baño desentonan en un lugar como éste…, pero son estupendos.

Bickert se enderezó de pronto como un perro de muestra.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—¿Qué?

—Yo no oí nada —dijo Darkin.

—Escuchad…

Tendieron el oído, pero el silencio de tumba seguía siendo tan espeso como un manto.

—Oí algo como un crujido…

—El fantasma —rió Skruda.

—Pareció como si resonara abajo… ¿Hay sótanos aquí, Darkin?

—¡Menudos sótanos! Un laberinto de pasillos, salas, mazmorras. Incluso queda una sala de tortura medieval que deben haber conservado como atracción turística.

—Pues el crujido ha resonado bajo nuestros pies.

—Pamplinas. El ruido del mar, eso es todo.

Bickert esbozó un gesto de duda, pero calló, aunque siguió con el oído atento.

Sin embargo, el crujido no se repitió.

Fue realmente una noche tranquila la primera que pasaron en la siniestra fortaleza.

No obstante, y sin que ellos pudieran sospecharlo, el infierno había empezado a agitarse…

CAPÍTULO II

Los sótanos rezumaban humedad. Las paredes de grandes bloques de piedra estaban cubiertas de un viscoso verdín que en algunos lugares del suelo crecía también convirtiéndolo en una pista resbaladiza y peligrosa.

Con la obscuridad absoluta, nadie hubiera podido orientarse en aquel laberinto de pasillos, mazmorras y antros sombríos que en una época remota albergaron todos los horrores del infierno.

Sólo en lo que fuera sala de tortura, repleta de siniestros artefactos delatores de una increíble crueldad, un ventanuco enrejado que se abría a ras de techo dejaba entrar un pálido resplandor de luz de luna.

El resplandor mostraba los contornos de los aparatos de tortura, las rejas de unas mazmorras labradas en la roca viva y la pétrea solidez de los muros.

Fue en ese antro donde sonó un sordo crujido y luego otro. Era un retumbar extraño, como si alguien estuviera escarbando al otro lado de la roca.

A intervalos cada vez más cortos incluso parecía que de ella brotara una voz ronca, un balbuceo bronco que acompañaba al incesante crujido de la piedra.

El resplandor de la luna giró con el transcurrir del tiempo. Incidió al fin sobre aquel rincón, en los aledaños de las mohosas rejas de las mazmorras. Una de las grandes rocas se estremeció y poco a poco se desplazó hacia fuera y finalmente cayó con sordo impacto.

La oscura cobertura mostró una oquedad profunda, sombría como la muerte. De ella salió primero un hedor nauseabundo, la pestilencia de la putrefacción.

Después, dos puntos rojos parecieron brillar en la negrura. Dos pupilas diabólicas, fijas, que no parpadeaban.

Hubo un apagado gruñido y luego otro más débil pareció responderle al primero. Las pupilas llamearon como taladrando las tinieblas.

Después de esto, reinó el silencio y el fulgor demoníaco de los puntos rojos fue apagándose paulatinamente.

Ya sólo se escuchaba un leve jadeo, entrecortado y bronco, que sonaba en dos tonos igualmente siniestros, uno más débil que el otro…

Cual si ambos procedieran de seres distintos, como un hombre y una mujer, por ejemplo…

* * *

Bickert fue el primero en levantarse a la mañana siguiente.

Extrañas inquietudes le habían mantenido desvelado la mayor parte de la noche. Bickert jamás había tenido preocupaciones metafísicas, de lo contrario quizá hubiera achacado esas inquietudes a los remordimientos de conciencia, porque en buena lógica un asesino frío como él tenía tras sí una estela de crímenes a cual más espeluznante.

Pero las sombras de los que había matado en el pasado jamás le habían mortificado.

De modo que achacó esa indecible inquietud a una mala digestión y se vistió.

Tan pronto salió de la habitación que le habían asignado, se detuvo en seco, venteando el aire como un perro de muestra.

¿A qué demonios olía la atmósfera del pasillo?

Soltó un gruñido de disgusto y llamó a la puerta de Darkin.

El rufián ladró algo y él entró. Darkin se había incorporado en el lecho y le miraba parpadeando. Por la ventana entraba un rayo de un sol pálido y frío.

—¿Qué hora es? —tartajeó.

—Ya deberías haberte marchado —repuso Bickert—. ¿A qué hueles, Darkin?

Éste husmeó el aire.

—Vaya peste —rezongó—. Alguna rata muerta, seguro.

—En el pasillo es peor. No lo entiendo…

—Deben haber ratas para formar un regimiento ratonil. Alguna habrá muerto en una rendija de los muros. Deja que me vista y podré largarme.

Bickert salió de la espaciosa habitación y fue a comprobar si su jefe dormía aún.

Hubert Skruda roncaba apaciblemente, de modo que se largó a la cocina y preparó café.

Después de engullir un gran tazón del brebaje caliente salió fuera.

El acantilado se abría a corta distancia. El mar, todavía agitado, rompía abajo en crestas de espuma y negras nubes se cernían en el horizonte, presagio de una nueva tormenta.

Para matar el tiempo, Bickert se dedicó a recorrer el perímetro de la fortaleza, admirándose de su solidez, de lo asombroso de su apariencia y de lo inaccesible que debió ser en su época medieval.

Cuando regresó, Darkin se disponía a emprender la marcha y Skruda acababa los restos del café.

—Dentro de dos días estaré de regreso —anunció Darkin—. Si todo marcha bien, Gorbio enviará el primer alijo tal como convinimos. ¿Alguno de vosotros quiere que le traiga algo?

Skruda denegó con un gesto. Bickert dijo:

—Podrías traerme alguna fulana sólo para entretener el tiempo en esta tumba…

Skruda rió entre dientes.

—Nada de mujeres. A mí me gustan más que a ti y renuncio a ellas a cambio de una fortuna, así que olvídalo.

Bickert tenía una idea fija.

—¿Dormiste bien, Hubert?

—Por supuesto. De un tirón. ¿Por qué?

—No pude pegar ojo en toda la noche. Oí otra vez esos crujidos y un golpe… Me pregunto si estaremos realmente solos aquí.

Skruda le contempló, preocupado.

—¿De quién tienes miedo, de los fantasmas? Si es así, tranquilízate. No hay ningún fantasma que resista un balazo de una Luger.

—No estaba pensando en fantasmas, idiota, sino en algún espía del gobierno yugoslavo… Tal vez les despertase sospechas el alquilar este lugar.

—Estoy seguro de que no. Hice una buena representación, te lo aseguro. Además, en esta parte del mundo nadie ha oído hablar de nosotros. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

—No lo sé… Y ahora me doy cuenta de que la peste ha desaparecido también.

Skruda enarcó las cejas.

—¿Qué peste?

—Darkin también la notó… Un hedor como de un cuerpo en descomposición. ¿No es cierto?

Darkin asintió.

—Sí, pensé que debía tratarse de una rata muerta, oculta en alguna grieta de los muros. Pero ahora no se nota nada.

—Tonterías. Lárgate ya, y cuidado con llamar la atención de las lanchas patrulleras. Compórtate como un turista dedicado al placer de navegar sin prisas. Recuerda que ante las autoridades todo está en orden, incluso nuestras documentaciones falsificadas.

Darkin asintió, riéndose, y se fue hacia las escaleras labradas en la roca viva que descendían hasta el embarcadero.

—Lo único que tiene de malo este lugar —comentó Skruda, estremeciéndose—, es el frío.

Bickert no replicó. Estaba intrigado por el hedor que le había azotado tan pronto saliera de la habitación.

Pasó la mañana entre ramalazos de sol y otros en los que las nubes sombrías descendían amenazando con descargar un aguacero.

Después de comer, Bickert se ocupó de clasificar las provisiones que Darkin había dejado de cualquier manera en la despensa. Después, aburrido, volvió al exterior.

Sobre el horizonte se alzaban colosales túmulos de nubes oscuras y el viento había cesado. Sobre el castillo y el mar brillaba el sol, aunque apenas si calentaba en ese otoño que Bickert hubiera deseado pasar en cualquier otro lugar más hospitalario y cálido.

Hubert Skruda surgió de pronto por una poterna empotrada en el muro. Bickert no pudo menos que dar un respingo ante su inesperada presencia.

—¿Qué demonios…? —barbotó—. ¿Dónde estuviste?

—En los sótanos. Es algo verdaderamente interesante, palabra. Esas gentes de la Edad Media tenían sentido del humor.

—Lo dudo, a juzgar por cómo vivían.

—Deberías echar un vistazo a los aparatos de ahí abajo. En mi vida vi tantas maneras ingeniosas de descuartizar a un tipo.

—He leído algo de eso… Cuando estuve en Sing-Sing no tenía otra cosa que hacer que leer. Me aburría, pero no había nada mejor.

—Y las mazmorras… ¡Madre mía! Los tipos encadenados a la pared con argollas de hierro. Imagino que los dejarían allí hasta que murieran de hambre y sed. Además, el fulano que estuviera encadenado no podía moverse ni arriba ni abajo ni a los lados. Apenas cabe un hombre de estatura normal en esos agujeros enrejados.

—¿Y cómo diste con esa salida?

—Encontré un pasadizo estrecho y húmedo y lo seguí. Lo curioso es que la puerta tiene una llave y la cerradura funciona perfectamente, como si estuviera recién engrasada…

Bickert frunció el ceño.

—Del mismo modo que tú has podido salir por ahí, alguien podría entrar si se lo propusiera. No me gusta, Hubert.

—¿Quién demonios crees que puede venir a meter las narices en un lugar como éste?

—Cualquiera que sintiera interés en lo que estamos haciendo. Además, están los ruidos que escuché anoche… Era como si alguien hubiera entrado y estuviera escarbando abajo. ¡Maldita sea, Hubert, no te rías! Te digo que lo oí.

—¿No se te ha ocurrido pensar que en un lugar como éste deben vivir auténticas colonias de ratas?

—¿Y de qué se alimentarían? Hasta que venimos nosotros esos malditos bichos no encontrarían ni un mendrugo para comer.

—Entonces, ¿qué crees que fueron esos ruidos?

—Te juro que me gustaría saberlo… Algún curioso quizá.

Skruda meneó la cabeza y lo dejó correr. Sabía que cuando en la cabezota de su cómplice se metía una idea, no había nada capaz de sacársela, se tratara de una manía o de la obsesión para matar a alguien.

Tendió su mirada sobre el mar, que al fin se había calmado. El oleaje llegaba ahora manso al pie del acantilado. Algunas barcas de vela se mecían en la lejanía y una motora evolucionaba más al sur, dejando una blanca estela que parecía jugar con el sombrío gris del agua.

—Vamos a pasar una temporada estupenda aquí —dijo de pronto, encendiendo un cigarrillo—. El tiempo de reunir una fortuna y largarnos. ¿A quién se le podría ocurrir que en este lugar va a reunirse una tonelada de narcóticos?

Bickert no replicó. Estaba ceñudo.

Cuando Bickert mostraba ese ceño, y esa mirada vidriosa en sus ojos de pescado muerto, era mejor dejarle que digiriera por sí solo el veneno que se agitaba en su mente pervertida.

Skruda lo sabía y en consecuencia, encogiéndose de hombros, se apartó para hacer a su vez el recorrido del perímetro del castillo.

En su parte norte, las dos torres vigías se alzaban sobre un despeñadero hondo y oscuro, en cuyo fondo un mar de zarzas ocultaban la tierra.

Al levantar la mirada, Skruda no pudo evitar un escalofrío.

Sobre el torreón del lado sur destacaba la siniestra silueta de una vieja horca de madera. Maldijo a los yugoslavos que habían restaurado el castillo por haber llevado las cosas hasta ese extremo de realismo. A los huéspedes veraniegos maldito el gusto que les daría contemplar aquella descarnada silueta allá arriba, como esperando a que cualquiera se desmandara para recibirlo con su brazo descarnado de madera.

Encendió otro cigarrillo, sentado en un promontorio rocoso, y dejó pasar el tiempo sumido en sus meditaciones. Con un poco de suerte, en pocos meses habrían reunido una respetable cantidad de millones de dólares, producto de los cargamentos de narcóticos, especialmente heroína. Entonces enviaría al infierno ese sombrío lugar y podría establecerse como un respetable hombre de negocios en cualquier sombreada playa de la Costa Azul.

Casi agotó su provisión de cigarrillos. De pronto se dio cuenta de que el tiempo había cambiado y de que el frío se le metía en los huesos. Se levantó, estremeciéndose.

El mar rugía allá abajo en una de esas súbitas tempestades que se desatan con imprevisto y salvaje ímpetu. Las nubes se habían extendido ahora y cubrían el cielo en todo lo que alcanzaba la vista.

Rodeó el ángulo de la fortaleza y vio a Bickert encaramado sobre las rocas, encima del acantilado.

—¿Qué demonios haces ahí? Dentro de un instante la lluvia te empapará.

—Echa un vistazo, Hubert.

—¿A qué?

—Mira.

Las barcas de pesca se batían en apresurada retirada, sacudidas por el viento y el oleaje. Incluso a los experimentados pescadores, la súbita tempestad les había sorprendido.

—¿Qué quieres que vea? Esos tipos son profesionales del mar. Saldrán adelante. No esperes que me preocupe por su suerte.

—¿Es que estás ciego? Ahí abajo… Mira.

Se inclinó, intrigado.

Vio una lancha motora danzando a impulsos de las oías. Estaba muy cerca de los roquedales y navegaba al garete, sin rumbo y con el motor parado.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¡Son capaces de estrellarse en nuestro embarcadero!

—¿Qué hacemos?

—¡Dejarles que se maten! Si hay un accidente y alguien lo advierte, tendremos a los guardias de costas aquí en menos que canta un gallo. ¡Al infierno con ellos!

—¿Y si no se hunden y alguien advierte lo que pasa?

—¿Quién?

—No lo sé.

La lancha cabalgó en la cresta de una ola y desapareció de su vista al pie del muro rocoso. Esperaron por si oían el estallido del maderamen contra el acantilado, pero sólo se escuchó el salvaje batir del oleaje.

—¡El embarcadero! —rugió Skruda—. ¡Deben haber penetrado en él!

Echó a correr hacia los escalones que descendían hacia el abismo, seguido de Bickert.

—¿Llevas la pistola?

—Seguro. Nunca me separo de ella.

—Quizá la necesitemos para acabar lo que el mar empezó…

Prosiguieron el descenso apresuradamente. Los escalones estaban resbaladizos, y entonces comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia que los hicieron todavía más peligrosos.

Los dos hombres adoptaron algunas precauciones por temor a hundirse de cabeza en el vacío.

El embarcadero estaba formado por una oquedad natural excavada por el mar durante siglos y que se adentraba debajo de la pared vertical del acantilado…

Cuando ambos rufianes desembocaron en la cornisa que la bordeaba, vieron la motora sujeta por un hombre que había saltado a tierra, mientras una muchacha trataba de decidirse a saltar corriendo el riesgo de hundirse en el burbujeante hervidero de agua oscura.

Bickert gruñó:

—Déjamelos a mí… Después hundiremos la motora y asunto resuelto…

Tenía ya la Luger en la mano, pero Skruda le detuvo de un zarpazo.

—¡Guarda ese petardo, idiota!

—¿Por qué?

—Fíjate en ella.

Bickert aguzó la mirada.

La muchacha se había decidido al fin y estaba ahora pegada a las rocas, chorreando agua, mientras su acompañante luchaba torpemente para sujetar la motora al amarradero.

Desde luego, era una muchacha como para tenerla en cuenta.

A pesar de estar empapada de la cabeza a los pies, las maravillosas formas de su cuerpo se mostraban con toda su vital juventud y armonía.

Sus cabellos, lacios ahora a causa del agua, le llegaban más abajo de los senos, menudos y erguidos, perfectamente delineados bajo la mojada ropa que se adhería a ellos como le hubiera gustado adherirse al propio Bickert.

En su rostro destacaban dos ojos grandes, profundos y oscuros. Tenía la nariz recta, aristocrática, sobre una boca de increíble trazo y que temblaba a causa del terror vivido. Pero temblorosa y todo, era la boca más excitante y sensual que los dos pistoleros habían contemplado en su vida.

Skruda calculó que no tendría más allá de veinte años, pero sin ninguna duda eran los veinte años mejor distribuidos y vitales que nunca hubiera soñado.

En cuanto al hombre, no tenía nada destacable. Era un individuo quizá con algunos años más que su compañera, pero de apariencia

débil, con un cuerpo tembloroso, ojos miopes detrás de unos lentes de los que chorreaba el agua…

Al fin parecieron advertir la presencia de dos hombres.

El muchacho se quitó los lentes, tratando de secárselos.

—Lo siento —balbució—. Nos ha sorprendido la tormenta… ¿Viven ustedes aquí cerca? Si es así, les agradeceríamos que nos dejasen llamar por teléfono…

Skruda avanzó. Hizo esfuerzos para meterse en su papel de acaudalado turista un tanto excéntrico, y dijo:

—Lamento no disponer de teléfono. Apenas acabamos de instalarnos arriba, en el castillo. Pero podemos proporcionarle cualquier otra cosa que precisen, empezando por un buen fuego en el que secarse…

Bickert rechinó los dientes.

—¿Te has vuelto loco? —rezongó en voz baja.

La muchacha dijo con una voz que el frío hacía temblar:

—Les estamos muy reconocidos…

Skruda llegó a su lado. Al verla tan cerca creyó incluso percibió el sensual aroma de su cuerpo lleno de vida.

Metido en la representación de su papel, sonrió y ayudó a amarrar la motora. Luego, incorporándose, señaló los escalones.

—Suban. Necesitan calor y un buen trago de *whisky*… A propósito, mi nombre es Skruda, Hubert Skruda, y mi amigo se llama Bickert. Ingleses, ¿comprenden? Pensamos que era una buena idea descansar una temporada en un lugar como éste.

El hombre se caló las gafas.

—Yo soy Giuseppe Cardoni, y ella se llama Nicola Tasvere. Temo que nos hemos metido en un lío al desembarcar en esta costa… Salimos de la isla Palagruza y nos sorprendió el temporal.

Echaron a andar hacia las escaleras. Bickert no despegó los labios. Sorprendió la encendida mirada de su jefe fija en las suaves y armoniosas curvas de la muchacha y comprendió, lo cual no sirvió para tranquilizarle, precisamente.

Skruda subía los escalones detrás de la muchacha. Su mirada turbia de rufián no podía apartarse del cadencioso caminar de la muchacha.

Carraspeó antes de preguntar:

—¿Qué estaban haciendo ustedes en esa isla?

—Hemos pasado allí unos días en compañía de unos familiares… Tienen un pequeño hotel y alquilan motoras. A estas horas deben estar muy preocupados.

Una vez arriba, ambos se quedaron boquiabiertos ante la sombría magnitud de la fortaleza. Skruda casi hubo de empujarlos para que entraran en aquella mole de piedra cuyas almenas parecían clavarse en las oscuras nubes que ahora desprendían un espeso aguacero helado.

—Nos instalaremos en el salón, Bickert. Enciende un buen fuego mientras yo preparo unas copas para nuestros jóvenes amigos…

Skruda era un individuo alto y de cuerpo recio. En sus buenos tiempos había obtenido incalculables éxitos entre las mujeres y desde entonces se había negado sistemáticamente a admitir que los años habían pasado también para él. De modo que en esos momentos estaba seguro de que con un poco de arte y de tiempo conseguiría impresionar a la bellísima muchacha.

Bickert consiguió pronto que las llamas se alzaran en el hogar de la chimenea. Skruda acudió con unos vasos mediados de *whisky* y cigarrillos y dejaron que los dos jóvenes se aproximaran al fuego para secarse lo mejor posible.

CAPÍTULO III

Al fin la tempestad había descargado con toda su salvaje secuela de relámpagos, estallidos de los truenos y un aguacero espeso que formaba una cortina líquida impenetrable y sombría.

Junto a la chimenea. Skruda dio un vistazo a la puerta y luego comentó:

—No la perderé, Bickert. Esta mujer se quedará aquí hasta que nos marchemos.

—Estás loco, maldita sea. ¿Vas a arriesgarlo todo por unas condenadas faldas?

—No levantes la voz, idiota. Volverán en un minuto.

—Tienes más mujeres de las que podrás abarcar en toda su vida con sólo chascar los dedos y mostrar un puñado de billetes. ¿Por qué tentar la suerte con ésta?

—Porque no existe otra como ella. ¿Es que estás ciego?

—Tengo ojos en la cara. Pero también tengo algo en la sesera. ¿Has pensado en el tipo?

—Ése no me preocupa. Podemos arrojarlo al mar cuando queramos.

—¡Estupendo! Y cuando hayas asesinado a su acompañante ella se echará en tus brazos sólo por agradecimiento —el sarcasmo de Bickert sonó de modo muy desagradable. Luego añadió—. Mátalo y ella te escupirá en la cara y ya me dirás qué habrás ganado con eso.

—Ya pensaré sobre eso cuando llegue el momento. Por ahora, ten cuidado de no despertar sus sospechas. Ya me ha costado suficiente convencerles de que no había otra solución para ellos que pasar la noche aquí.

—Si crees que en una noche conseguirás a esa mujer, es que eres más insensato de lo que imaginaba.

Skruda le dirigió una mala mirada. Comenzaba a cansarse de los continuos reproches de su socio.

—Ocúpate de la cena —dijo, y su voz se había vuelto fría y amenazadora.

Bickert rechinó los dientes y salió del salón.

El estallido de los truenos penetraba a través de los gruesos muros. Las luces oscilaban a cada estampido amenazando con extinguirse.

Skruda dio unos pasos de un lado a otro, impaciente. Junto a la ventana tendió la mirada más allá, sobre el pozo insondable de la noche negra como el infierno y en cuya negrura zigzagueaban los relámpagos, sobre un mar invisible.

Cuando oyó abrirse la puerta, se volvió.

Los dos jóvenes se habían acicalado todo lo posible, después de que les hubieron destinado sendas habitaciones.

Y con el ligero arreglo, la belleza subyugante de Nicola parecía haberse realzado hasta el infinito.

Skruda necesitó de todo su dominio para no delatar sus bajas apetencias.

—Siéntense —dijo, risueño—. Prepararé algo de beber mientras esperamos la cena… ¿*Whisky* para los dos?

Asintieron y la muchacha extendió sus deliciosas piernas hacia la lumbre.

Un trueno hizo tintinear los cristales de los ventanales y ella se estremeció.

—Nunca había soportado una tempestad semejante —comentó con su voz musical increíblemente suave.

—Le confieso que yo tampoco. Pero en cierto modo no deja de tener algo de cautivador, ¿no le parece? Una tempestad en toda regla contemplada desde esta fortaleza. No tendremos muchas otras oportunidades de gozar de semejante espectáculo.

Les ofreció los vasos y ambos se lo agradecieron.

Estaban bebiendo cuando bajo sus plantas se escuchó un sordo crujido.

Skruda tendió el oído.

El joven murmuró:

—¿Qué fue eso?

—No lo sé. El vendaval, supongo.

Ciertamente, el viento aullaba allá fuera con siniestras voces de tumba, resonante, batiéndose en retirada cuando embestía los

pétreos muros invencibles.

El joven Cardoni dijo de pronto:

—Hemos hablado mi prima y yo de lo agradable que es su hospitalidad, señor Skruda, pero de cualquier modo, mañana por la mañana debemos marcharnos. Es preciso hallar un teléfono y comunicar con Italia. Nuestros familiares deben estar desesperados a estas horas creyendo que la tempestad hundió nuestra motora.

—Pensaremos algo al respecto, no se preocupen. Es preciso tener en cuenta a las autoridades yugoslavas… Legalmente, ustedes han entrado clandestinamente en este país.

—Pero podremos explicar perfectamente nuestra presencia aquí, motivada por el temporal que nos arrastró.

—De cualquier modo, será mejor no correr el riesgo. Déjenlo todo en mis manos y les aseguro que no tendrán ninguna preocupación.

Bickert apareció en la puerta un instante. Con una seña llamó a Skruda y éste se levantó.

—Disculpe…

Salió, cerrando a sus espaldas.

Bickert estaba excitado.

—¡He vuelto a oír esos crujidos, Hubert! —anunció—. Resuenan abajo… en los sótanos.

—Yo también oí algo extraño, pero el viento arranca sonidos casi humanos al colarse por las aberturas y los pasadizos. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

—Tú sabes que yo no le temo a nada ni a nadie mientras tenga mi Luger a mano. Pero si hay un espía cerca quiero saberlo para mandarlo al infierno. Nos jugamos centenares de millones en esta partida y no voy a correr ningún riesgo innecesario.

—Tranquilo, muchacho. No hay espías aquí. No tenemos nada que temer.

—Me gustaría tener tu seguridad, pero estoy preocupado. Y tu maldito capricho por esa fulana acaba de ponerme enfermo.

—No es ninguna fulana, estúpido.

—Muy bien, es toda virtud. Pero eso no cambia nada.

—¿Quieres ocuparte de la cena y dejar lo demás para mí?

Bickert soltó una sarta de juramentos y se fue, hundiéndose en las sombras del pasillo que conducía a la cocina.

Skruda encendió un cigarrillo para calmar su excitación.

El zaguán estaba sumido en la penumbra, pero incluso en ella brillaban con reflejos opacos las dos colosales armaduras que montaban guardia al pie de la escalinata.

Los dos guerreros de otra época se le antojaron una garantía de seguridad para él. Maldiciendo a Bickert, regresó al salón, y con ello a la subyugante proximidad de la muchacha.

* * *

Los alaridos del viento resonaban contra el roquedal, y su fuerza salvaje inclinaba los tenaces árboles que se aferraban casi con desesperación a las grietas.

El aguacero había cedido al fin, pero el mar retumbaba en las profundidades del abismo, azotando la base del acantilado. Quedaba una lluvia menuda y helada que el ventarrón arremolinaba empujándola en todas direcciones.

De entre esa llovizna, en el camino fangoso, surgió la negra figura de un hombre.

En la oscuridad no era más que eso: una silueta, más negra, si cabe, que la propia noche.

Alto, enfundado en un impermeable oscuro y cubierto por un sombrero igualmente de tela impermeable, comenzó a ascender la cuesta con las manos hundidas en los bolsillos, indiferente a la fuerza desatada de los elementos.

No parecía tener prisa, no obstante se movía con una engañosa y sorprendente agilidad, como si bajo el impermeable hubiera un cuerpo sólido y ligero, magníficamente entrenado.

Cuando llegó a las inmediaciones de la fortaleza, se detuvo y levantó la mirada. Los torreones se alzaban perdiéndose en la oscuridad, pero a la luz de un relámpago distinguió la chispeante y fugaz visión de la tétrica horca. Soltó un gruñido y prosiguió su marcha hasta llegar ante una oscura ventana protegida por una reja.

Recobró el aliento pegado al muro de piedra. Luego, cautelosamente, se deslizó en un lento recorrido de reconocimiento.

Descubrió la pequeña poterna empotrada en los bloques de piedra y tanteó con precaución. Estaba cerrada, por supuesto, y tras

un breve examen se convenció de que era materialmente inviolable a menos de contar con un equipo del que carecía.

Más allá, a ras del suelo, había un pequeño ventanuco protegido por una reja. Agazapándose trató de penetrar en aquellas tinieblas tan densas como el alma del Príncipe de las Tinieblas.

Era imposible ver nada allí dentro. Se disponía a incorporarse cuando le pareció que en medio de aquel mar de sombras flotaban dos puntos rojos, como dos pequeñas brasas incandescentes.

Volvió a agacharse, pero aquello, fuera lo que fuere, ya no estaba allí.

Otro breve recorrido y llegó al ángulo en cuya fachada se abría la puerta principal de la fortaleza. Descubrió el viejo auto adosado a un lado de la explanada, y vio también la ventana iluminada.

Al pie de ésta se detuvo y adoptando todas las precauciones imaginables, atisbo al interior.

Vio una chimenea encendida y a un hombre y una mujer sentados frente a ella. La mujer era joven y de una cautivadora belleza. Arrugó el ceño, perplejo por aquella insospechada presencia en ese lugar sombrío.

El hombre llevaba lentes y estaba hablando por encima de su hombro a alguien que estaba fuera del alcance del espía.

Éste permaneció inmóvil hasta que el otro personaje entró en su radio de visión. Era Skruda, que sostenía un vaso en una mano y un cigarrillo en la otra.

El desconocido se apartó de la ventana y moviéndose ahora con más soltura, acabó de recorrer todo el perímetro de la fortaleza examinando cada ángulo, cada abertura y cada recoveco del terreno.

Después, pareció fundirse en las sombras negras de las que parecía haber brotado como por arte de magia.

A Bickert le habría inquietado mucho más su proximidad que los extraños crujidos que hasta entonces le habían preocupado…

CAPÍTULO IV

Skruda se hallaba solo ante la chimenea, arrellanado en una confortable butaca. Su rostro crispado reflejaba la tormenta que se gestaba en su mente.

Cuando Bickert entró apenas si se dignó devolverle el saludo.

—Esos dos están acostados —anunció su socio—. Pero ha sucedido algo curioso…

—¿Qué?

—La chica me ha preguntado qué castillo era éste. Al parecer ha oído hablar a sus parientes de las fortalezas históricas de esta costa. Cuando le he dicho que era el castillo de Zarkam casi se ha caído de espaldas. Por un momento pareció como si fuera a desmayarse. Luego, apresuradamente, se ha metido en la habitación, cerrando la puerta con llave. ¿Qué te parece? ¡Con llave! Esa chica te ha adivinado las intenciones.

—Cuando decida hacerla mía, no habrá ninguna cerradura capaz de impedírmelo. ¿Por qué se ha impresionado con el nombre del castillo?

—Maldito si puedo imaginar una sola razón.

—¿Qué te ha dicho su primo?

—Nada. Me parece que se ha sorprendido tanto como yo mismo de su actitud.

—¿También él se ha encerrado con llave?

—Él no.

Skruda abrió la boca para replicar, pero un estruendo metálico en el zaguán les hizo pegar un brinco y correr hacia la puerta. Cuando la abrió, Bickert ya llevaba su pistola en la mano.

El enorme vestíbulo estaba desierto y en penumbra.

Skruda encendió más luces y gruñó:

—¿Qué te parece que fue eso, Bickert?

—No tengo idea… pero ha resonado aquí, no cabe duda.

Avanzaron cautelosamente. La pistola de Bickert emitió un seco chasquido cuando el pistolero descorrió el seguro.

De pronto se detuvieron, perplejos.

La gran espada de doble filo de la armadura se había caído.

Estaba tirada sobre las losas del suelo y las manoplas de hierro del guerrero parecían extrañamente vacías sin la formidable arma.

—¿Cómo puede haberse desprendido la empuñadura de esos guanteletes? —rezongó Skruda, perplejo.

—Alguien ha hecho que se soltara, estoy seguro.

—¿Quién, idiota?

—Tal vez esos dos no son lo que parecen…

—¿Te refieres a la chica y su primo?

—Ajá.

—Tonterías.

—¿Quién te dice que no están aquí en una misión especial? Los departamentos de narcóticos de la mayoría de países utilizan mujeres… y cualquiera de ellos daría la cabeza por echarnos el guante.

—Eres genial —gruñó Skruda, levantando la pesada espada que apenas podía sostener entre sus manazas—. Si fueran lo que tú imaginas, ¿crees que habrían sido tan insensatos para llegar aquí a riesgo de servir de comida a los peces?

Bickert no contestó, contemplando fascinado cómo su socio volvía a colocar la empuñadura entre los guanteletes de hierro de la armadura.

Cuando consiguió fijar de nuevo la espada, Skruda hizo otro descubrimiento que le preocupó mucho más que el hecho de que ésta hubiera caído tan ruidosamente.

—Mira esto, Bickert —graznó.

Éste se colocó a su lado.

En la cintura del guerrero, bajo la coraza, había la funda de un puñal.

Sólo una funda.

Vacía.

—¿Recuerdas si el puñal estaba aquí antes? —rezongó Skruda.

—No me fijé. ¿Quieres decir que alguien se ha apoderado del cuchillo?

—Espera…

Skruda encendió su elegante mechero de gas y acercó la llama al borde de la ranura. Pasó el dedo por el contorno y después por las cercanías del metálico brocal.

—Había un cuchillo aquí —dijo de pronto, incorporándose tenso y preocupado—. Hay polvo en la funda, el cinto, en toda la armadura. Pero la boca de esa funda está limpia, porque la cruz del puñal la protegía del polvo…

—Bueno, ahora quizá me des la razón. Esa pareja no son lo que afirman ser. Él, o ella, se han hecho con un arma.

—No tiene sentido. Si fueran espías irían armados con algo más contundente que un herrumbroso cuchillo. Llevarían pistolas cuando menos.

—Bueno, entonces explícame quién se ha tomado la molestia de quitarle un miserable puñal a este trasto.

—No lo sé.

Volvieron al salón sumidos en un hosco mutismo.

Ante la fogata, Skruda extendió las piernas y rezongó:

—Tráeme una pistola. Si alguien quiere jugar al escondite con nosotros, va a llevarse un buen susto.

Bickert se fue, para regresar poco después con una automática Colt de grueso calibre que Skruda guardó en su cinto después de comprobar que estaba perfectamente cargada.

—Se me ocurre que quien sea que ha sacado ese puñal de la armadura piensa utilizarlo. Nadie se toma esa molestia sólo por precaución…

—¿Y qué?

—Vamos a darle facilidades, Bickert. Es la mejor manera de cazarlo.

—¿De qué modo?

—Vamos a permanecer aquí esta noche. Podemos dormir por turnos, de modo que el que esté despierto pueda vigilar en todo momento, oculto en las sombras.

—Me parece bien. Si alguien aparece aquí armado de esa antigualla, le haré un par de agujeros y luego le preguntaremos sus razones para querer dibujarnos las iniciales en la barriga.

—Antes de disparar, hay que asegurarse de quién es… y si se trata de la chica, ni rozarla, ¿entendido?

—La dejaré que te rebane el pescuezo, si ése es tu gusto.

Skruda esbozó una mueca de lobo.

—Si es la chica, sólo despiértame. O te despertaré si aparece cuando yo esté vigilando. Sería la oportunidad de tenerla, de que fuera mía sin que pudiera oponer resistencia.

—¿Y su compinche?

—Tú te encargarías de él en este caso. En una condenada noche como ésta el mar lo haría pedazos antes de que saliera a cualquier playa desierta.

—Ahora empiezas a razonar con sentido común… ¿Quién duerme en el primer turno?

—Duérmete tú —decidió Skruda, ceñudo—. Yo estoy desvelado a estas horas. No puedo quitarme de la cabeza a esta mujer… Voy a volverme loco sólo con pensar en ella.

—Debes estar algo loco de todos modos, perder la brújula de este modo por unas faldas… y en medio del mayor negocio de nuestra vida.

Bickert tomó asiento en la butaca, frente al fuego, mientras Skruda, sin replicar, se llevó una silla al rincón más alejado y oscuro, protegido además por los pesados cortinajes. Se instaló allí con la pistola al alcance de la mano y dispuesto a cazar al intruso que había andado enredando con la armadura.

Casi deseó que se tratara de la muchacha, porque en ese caso todas las barreras que aún se interponían entre sus obscenos deseos y ella se vendrían abajo. Cazada en un intento de asesinato, ella se sometería a todos sus caprichos con tal de salvar el pellejo.

Aunque había que reconocer que se trataba de un pellejo asombrosamente bello, de una perfección increíble.

En sus sueños casi podía sentirlo palpitar entre sus manos, cálido, ardiente a sus caricias, entregándose y besándole, mordiéndole en un delirante éxtasis…

—¡Hubert! —rugió Bickert.

—¿Qué te pasa?

—Te he llamado tres veces. ¡Vaya manera de vigilar!

—Estaba pensando. Eso es todo.

—Procura no cerrar los ojos. Sería una sucia faena que me rebanaran el pescuezo justamente aquí.

—Tranquilo, muchacho. Nadie se acercará a ti.

Bickert rezongó algo entre dientes y cerró los ojos.

Skruda siguió alimentando su perverso deseo, amparado por la oscuridad y oyendo el ulular del viento, el bramido del mar… y el silencio de tumba del interior del castillo.

CAPÍTULO V

Bickert se moría de ganas de fumar. El reloj fosforescente de su muñeca señalaba las doce y dieciséis minutos y llevaba más de media hora inmóvil en el rincón, después de haber relevado a su socio sin apenas haber conciliado el sueño.

El fuego continuaba chisporroteando, alegre, en la chimenea.

Sin embargo, aquí y en esta noche de infierno, un fluido maléfico parecía flotar hasta en el aire, en el pesado silencio interior, el silencioso, húmedo y pegajoso de un sepulcro.

Bickert maldijo para sus adentros esos pensamientos que le agitaban sin quererlo.

Desde su bien elegido observatorio, envuelto en penumbra, podía vigilar a un tiempo la puerta, la butaca donde dormía Skruda, por encima de cuyo respaldo sobresalía la cabeza, y el ventanal contra el que había estado estrellándose la lluvia hasta poco antes.

Nada ni nadie podría penetrar en el salón sin ser descubierto por él. Y la Luger amartillada y sin seguro estaba pronta a dejar oír su ronca voz.

Cambió de postura en el asiento y de refilón dio un vistazo a la ventana.

Casi dio un brinco al descubrir la furtiva sombra que acababa de desaparecer más allá de los empañados cristales.

Con los nervios tensos como cables, se deslizó pegado a la pared, con la pistola empuñada.

Allá, en las tinieblas, todo estaba quieto a excepción del viento y el mar. Si alguien se había movido ante el ventanal, ya se había esfumado…

Repentinamente, el hedor asaltó su olfato.

Una vez más sintió que sus entrenados nervios pegaban un tirón ante lo desconocido, ante el misterio de esa peste a podredumbre, a cadavérica quizá…

Clavado a un lado de la ventana, con la mirada hundida en las tinieblas que imperaban fuera, olfateó y esta vez el hedor fue tan insoportable que casi le provocó náuseas.

Se volvió, desconcertado.

Sintió que se le erizaba el cabello al ver la puerta abierta.

Antes había permanecido perfectamente cerrada, de eso sí estaba seguro.

Y ahora estaba abierta y ningún sonido había delatado el movimiento de la pesada hoja de madera.

Levantó la pistola, tenso y alerta. La movió lentamente, al mismo compás que su mirada, buscando al intruso.

No había nadie.

Skruda continuaba roncando suavemente en el butacón.

A pesar de que la amplia estancia estaba iluminada tan sólo por el resplandor de las llamas, la rojiza claridad hubiera delatado a cualquier asaltante que estuviera en el salón.

Bickert empezaba a dudar incluso de sus sentidos cuando un nuevo espanto le sobresaltó.

Y esta vez era algo real, aunque tan increíble como una pesadilla de alcohólico.

Sobre la cabeza de Skruda, como suspendido en el aire, había un mohoso puñal de larga y afilada hoja. Un puñal de curiosa empuñadura adornada con piedras preciosas.

Mientras estaba mirándolo igual que hipnotizado, el puñal se elevó un poco, como empuñado por una mano que se dispusiera a descargar un golpe por detrás contra el pecho del hombre dormido.

Con un tremendo esfuerzo, Bickert rugió:

—¡Cuidado!

Y apretó el gatillo.

Sonó el bronco estampido de la Luger y la bala se llevó por delante aquel puñal asesino, al tiempo que Skruda se levantaba de un salto con su pistola lista para disparar.

—¿Qué pasa, Bickert? —chilló.

La puerta se cerró de un golpe sordo.

El sonido metálico del puñal al rebotar contra las baldosas de piedra se mezcló con el ruido de la puerta y después todo volvió a ser tan silencioso como una tumba.

Los dos hombres quedaron mirándose por espacio de un minuto,

perplejos, con las armas empuñadas.

Al fin, Bickert balbuceó:

—¡Estaba ahí…, sobre ti…!

—¿Qué, quién estaba sobre mí?

—El puñal…

Skruda se volvió hacia la pared. En el suelo, la vieja arma mostraba el impacto de la bala blindada en la hoja, cerca de la cruz.

—¿Esa cosa…? —tartajeó Skruda, fascinado—. ¿Quién la empuñaba, Bickert?

—¡Na… nadie!

—¿Has perdido la chaveta? —exclamó—. ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—No había nadie… Juro que no vi a nadie, sólo un puñal. Y la puerta… ¡Condenación, Hubert, alguien pretende reírse de nosotros!

—Cálmate, no logro comprender una sola palabra de lo que dices.

Inclinándose, tomó el cuchillo. Por primera vez pareció advertir el hedor del aire y rezongó:

—¿De dónde ha salido esa peste, Bickert?

Éste se encogió de hombros.

Skruda casi olvidó el torcido cuchillo que ahora sostenía en su mano izquierda. Venteó el aire, perplejo.

—Huele a muerto —soltó de pronto—. A cuerpo en descomposición.

—Eso pensé yo también.

—Es increíble.

Examinó el cuchillo. Era un puñal antiquísimo, pero con una punta afilada y limpia. El acero era de buena calidad y el paso de los siglos lo había respetado.

—Apuesto a que es el de la armadura —murmuró—. Pero si ahora está aquí no cabe duda de que alguien lo ha traído.

Bickert soltó un quejido.

—¡Estoy intentando decírtelo, Hubert! —chilló—. El cuchillo vino solo… Estaba sobre ti dispuesto a apuñalarte… ¡Él solo! ¿Es que no lo entiendes?

—¿Cómo voy a entender una insensatez semejante?

—Además, la puerta se cerró sola… y antes se había abierto sin

que yo me diera cuenta…

—¡Maldita sea tu sucia estampa! Te habías dormido —le acusó su cómplice.

—¡Te digo que estaba despierto! Precisamente había ido a la ventana porque me pareció ver una sombra que se movía al otro lado…

—Bajo la tormenta, ¿eh? ¿Quién diablos crees que andaría fuera en una noche como ésta?

Bickert sintió tentaciones de atizarle a su socio.

—¡Créelo o no, pero el cuchillo se cernía sobre ti, él solo! Disparé contra él, porque era lo único que veía. Y ha sido justamente cuando se ha abierto la puerta que ha penetrado esa peste a cadáveres, o lo que quiera que sea.

Skruda ya estaba bastante preocupado como para aceptar semejantes explicaciones.

Repentinamente, Bickert exclamó:

—¡Un momento! ¿Cómo no han oído el disparo esos dos?

Hubert farfulló un juramento. Blandió su pistola y gruñó:

—¡Vamos!

Se lanzaron fuera, subiendo las escaleras a saltos hasta el pasillo donde estaban los dormitorios habilitados.

El pasillo, arriba, estaba a oscuras, en completas tinieblas.

Sin embargo, por un fugaz instante, ambos hombres creyeron distinguir una vaga forma blanca desvaneciéndose al fondo, como un jirón de niebla evaporándose en el aire.

—¡Enciende la luz, pronto! —ordenó.

Bickert lo hizo, pero cuando la lámpara de poca potencia brilló descubrieron que el pasillo estaba desierto.

—Acabaremos viendo fantasmas —rezongó Skruda, deslizándose hacia una puerta.

Bickert la abrió con cuidado, y encendió la luz.

Giuseppe Cardoni dormía apaciblemente arrebujado en las ropas del lecho. Su respiración era pesada, profunda.

—¿Crees que finge? —rezongó Skruda.

—El estampido de la pistola debe haber retumbado en todo el castillo. Voy a…

En dos saltos estuvo junto al lecho. Acercó el cañón de la pistola a la frente del joven y gruñó:

—Dormido o no, voy a volarte los sesos, tipo listo.

La respiración del durmiente no se alteró.

Rozó la piel del muchacho con el largo cañón de la Luger y añadió:

—Buen viaje al infierno…

No ocurrió nada. El joven italiano siguió dormido y su respiración calmosa no sufrió la menor alteración.

Skruda rezongó:

—Está bien, no cabe duda que duerme. Nadie podría permanecer tan impasible con una pistola apuntándole entre los ojos.

Salieron, asombrados de todo lo que estaba sucediendo.

En la habitación de la joven oyeron primero la respiración. Después, Skruda encendió la luz y contuvo el aliento.

Nicola dormía y la suave respiración alzaba y bajaba sus senos a intervalos acompasados.

Las ropas de la cama dejaban al descubierto sus hombros marfileños y dibujaban fascinadoramente las líneas pletóricas de su cuerpo.

Skruda no podía apartar la mirada de ella.

Bickert estrujaba su cerebro intentando hallar una explicación a tanto misterio.

Acabó por gruñir:

—Vamos a dar un vistazo a las otras habitaciones. Quizá alguien se ha escondido en ellas.

—Espera.

—¿Qué demonios quieres esperar? Están dormidos sin la menor duda. Aunque es increíble, esa pareja no ha oído nada.

—Si finge…

Skruda alargó la mano y tiró de las ropas.

El cuerpo apareció casi desnudo por completo, en una actitud de relajación.

Skruda sintió vértigo con sólo verlo, porque aquél era el cuerpo de mujer más maravilloso que viera en todos los días de su vida.

Nunca imaginó que pudiera existir tanta perfección, tanta pureza en las líneas de unas caderas, de unos senos, de un cuello blanco y grácil medio oculto entre los negrísimos y largos cabellos.

—¡Ya basta! —Se impacientó Bickert—. ¿Qué estás esperando?

Skruda estaba asombrado. Estaba también seguro de que ninguna mujer, por experimentada que fuera, hubiera podido permanecer tan perfectamente tranquila sabiéndose desnuda bajo la mirada de un hombre desconocido.

Volvió a cubrirla a regañadientes y retrocedió.

Su voz era ronca cuando barbotó:

—Te juro que será mía, Bickert…

—¿No puedes pensar en otra cosa? Salgamos de aquí… ¿Dónde dejaste el puñal?

—Abajo, sobre la mesa.

Revisaron las habitaciones del pasillo. Todas ellas estaban desiertas.

Se reunieron junto a la escalinata y Bickert murmuró:

—Todo esto es increíble. ¿Qué supones que está pasando, Hubert?

—¿Cómo voy a saberlo? Se me ocurre que por alguna razón, alguien está tratando de meternos el miedo en el cuerpo para que nos larguemos de aquí.

—¿Y cómo lo hace? Ese hedor a muerto, y el cuchillo suspendido en el aire…

—Tal vez lo sostenían con un hilo desde el techo. Habrá que examinarlo por la mañana, cuando haya más luz.

Descendieron en silencio hasta el salón. Bickert añadió un par de leños al fuego y se volvió.

—¿Dónde dijiste que habías dejado el cuchillo?

—Es un puñal, no un cuchillo. Ahí, en la mesa.

—Piénsalo dos veces, Hubert, porque aquí no está.

Skruda se volvió como si le hubiera mordido una serpiente.

—¿A qué estás jugando ahora? —gruñó.

El puñal no estaba en la mesa.

Ni en la mesa ni en ninguna otra parte. Era como si un pedazo de acero se hubiera desvanecido en el aire como la forma blanca que vieran en el pasillo.

Skruda miró a su socio acusadoramente.

—No me gustan las bromas en estas circunstancias, Bickert —espetó de mal talante—. Sólo tú puedes haberlo cogido.

—¿Sí? Entonces, ya me dirás dónde lo puse, porque no me he movido ni un paso de aquí.

—¿No lo has arrojado al fuego?

—Míralo tú mismo. No hay tiempo de que el fuego haya fundido el acero, digo yo.

—No necesitas el sarcasmo conmigo. Ya veo que no está en el fuego… Pero entonces habremos de aceptar que alguien ha penetrado aquí mientras nosotros estábamos arriba y se ha llevado el puñal.

—Ni más ni menos.

—Tal vez hay una entrada secreta en estas paredes.

Bickert se dejó caer en la butaca y encendió un cigarrillo.

—Tal vez el guerrero ese de ahí fuera ha venido a buscarlo. Después de todo, era suyo, con lo que estaba en su derecho.

—Es sólo una armadura. Moverla armaría un estrépito de mil pares de demonios… pero que me condene si no voy a mirarlo. Ven conmigo.

A regañadientes, Bickert se levantó y siguió a su socio hacia el gran vestíbulo.

Mientras buscaba las llaves de las luces para encenderlas todas gruñó:

—Cuando sea de día hemos de registrar este antro de arriba abajo, Hubert. Todos los rincones, los sótanos, los torreones, las dependencias del piso… Todo.

—Creo que tienes razón. Si alguien quiere jugar al escondite con nosotros ya es hora de demostrarle con la clase de tipos que se juega los cuartos.

Bickert encendió todas las lámparas del zaguán. La luz amarillenta se desparramó barriendo las sombras de los rincones.

Ambos se aproximaron a la rígida armadura que continuaba sosteniendo la pesada espada de dos filos.

Pero ahora, la funda del puñal ya no estaba vacía.

La vieja arma aparecía enfundada, descansando en su lugar acostumbrado.

Con voz que semejaba el chirrido de una sierra, Bickert balbuceó:

—Quizá se trata de otro puñal semejante…

Lo sacó de la funda con algunas dificultades.

El impacto de la bala no se había borrado.

Allí estaba, como demostración de que era el mismo puñal

contra el que él había disparado poco tiempo antes.

Los dos hombres se miraron completamente estupefactos, desbordados por los siniestros acontecimientos que estaban envolviéndoles como los tenaces y viscosos tentáculos de un pulpo.

CAPÍTULO VI

Con las primeras luces del alba apenas asomando por oriente el viento amainó y sólo quedó el sordo retumbar del oleaje.

En el desembarcadero, la sombra del hombre alto apagó la linterna con la que había examinado la motora allí amarrada y se deslizó hasta el pie de los escalones labrados en la roca viva, comenzando a ascender precavidamente.

La fortaleza estaba sumida en penumbra. El apenas nacido día la recortaba contra el firmamento hosco y oscuro en el que navegaban pesadas nubes tierra adentro.

El intruso caminó con cautela hasta el coche. Silencioso, levantó el *capot* y sus dedos cubiertos por guantes de piel enredaron en el motor.

Se apoderó de la cabeza del delco y volvió a cerrarlo. Nadie sería capaz de poner en marcha el coche sin conseguir antes un nuevo repuesto de la pieza robada.

Tras esto, y mientras la luz gris se acentuaba, el hombre rodeó la fortaleza y se perdió camino abajo alejándose a buen paso sin importarle que sus pies se hundieran en el barro.

En el interior del castillo, Bickert acabó de preparar café y lo llevó al salón, donde Skruda permanecía tenso y vigilante.

Bebieron el café en silencio, hoscos y malhumorados.

Cuando hubieron encendido sendos cigarrillos, Bickert gruñó:

—¿Encuentras explicación lógica a lo sucedido esta noche?

—Ninguna, excepto la de que alguien pretende alejarnos mediante el pánico.

—Si es así, ese fulano va listo, sea quien sea.

—Hay que reconocer que habría asustado a otros menos bravos que nosotros.

—A mí sólo me asusta una pistola apuntando mi barriga.

—Cuando levante más el día empezaremos a registrarlo todo. Y

nos ocuparemos de nuestros huéspedes también.

Bickert no pudo evitar un gruño de disgusto.

—Me revienta que en medio del lío en que estamos metidos no puedas pensar en otra cosa más que en esa mujer.

—Se ha metido en mi sangre —susurró Skruda—. No renunciaría a ella ni por todos los millones que va a proporcionarnos este negocio.

—Si crees que por tu capricho idiota yo voy a renunciar a mi parte, mejor olvídalo. Ninguna mujer me apartará de esa fortuna.

—Era sólo un modo de hablar, idiota. Pero lo de la muchacha va en serio. Se me ha ocurrido una buena idea para que sea dócil conmigo.

—Tendrás que hipnotizarla —cacareó Bickert, burlón—. O eso o amarrarla en una de esas máquinas de torturas que dices que viste abajo.

Recibió una mala mirada y calló.

Abrió la ventana para despejar la cargada atmósfera del salón, donde el fuego estaba casi apagado.

El húmedo aire del exterior llenó sus pulmones. Expelió una nube de humo y suspiró:

—Si no hubieran surgido problemas, realmente éste hubiera podido ser el lugar ideal para nuestro negocio, Hubert.

—Sigue siéndolo de cualquier modo.

Bickert se disponía a replicar cuando dio un respingo.

—¡Ven a ver eso, Hubert!

Skruda se acercó.

—¿Otro misterio? —rezongó entre dientes.

—En todo, es un misterio que no tiene nada que ver con ningún fantasma, porque dudo de que los fantasmas dejen huellas impresas en el barro. Mira.

Señalaba las huellas de unos pies claramente visibles en el barrizal en que la lluvia había convertido el terreno en torno al castillo.

Skruda notó un escalofrío.

—Alguien ha andado husmeando donde no debía —gruñó.

Saltó la ventana y examinó las huellas.

Se dirigieron a la parte de atrás… hacia el camino…

Bickert le siguió.

—Fueron hechas por alguien que anduvo por aquí después del aguacero de anoche, de lo contrario, si hubiera caminado antes, no habría habido barro. Y ni tú ni yo salimos ni una maldita vez desde que empezó a llover.

—Bueno, ahora por lo menos sabemos seguro que alguien anduvo por aquí anoche, y que no era ningún fantasma.

—Veamos de dónde venía.

Siguieron las huellas hasta la explanada delantera, pero allí terminaban porque la plazoleta estaba pavimentada con gruesas planchas de piedra plana.

Todo lo que vieron fue el coche, chorreando agua, pero sin que nadie lo hubiera movido del lugar donde lo dejaran al llegar.

Volvieron atrás siempre siguiendo las huellas hasta el camino.

En todo ese recorrido se convencieron de que, quien fuera que anduvo por aquellos parajes después de la lluvia, ni siquiera se había acercado a los muros del castillo.

—Es absurdo —comentó Skruda—. ¿Qué podía andar buscando?

—Cualquiera sabe.

—Pero ni siquiera se aproximó a las ventanas, y tú dijiste haber visto una sombra.

—Cuando yo la vi aún llovía y el mismo aguacero habría borrado cualquier huella. Éstas quedaron impresas porque fueron hechas después de la lluvia.

—Sí, claro…, pudo haberse acercado antes. Vamos a ver qué tienen que decir nuestros invitados…

Encontraron al joven Cardoni reavivando el fuego de la chimenea. Se incorporó al verlos y sonrió:

—Han madrugado ustedes más que nosotros —dijo, parpadeando detrás de los cristales de sus gafas.

—¿Durmió usted bien, señor Cardoni?

—Como un tronco… y a fe mía que es muy extraño. Tengo el sueño muy ligero y cuando me acosté temía no pegar ojo en toda la noche a causa del retumbar de la tormenta. Bueno, al principio fue así. No pude conciliar el sueño. Pero de pronto quedé dormido y hasta ahora.

Bickert miró disimuladamente los zapatos del joven. Estaban todavía húmedos del día anterior, pero no conservaban la menor huella de barro.

—Arreglaré las habitaciones —dijo, no obstante—. ¿Se ha levantado ya su prima?

—La dejé en el baño, pero sería imperdonable que por nuestra causa le produjésemos tantas molestias. Nicola lo hará, descuide.

Bickert deseaba examinar la habitación. Tal vez hubiera restos de barro. Uno nunca sabe.

Sin replicar salió del salón cerrando la puerta.

Skruda dijo:

—No tardarán ustedes en tener el café a punto. Celebro que hayan pasado buena noche.

—¿Cree que podremos irnos esta mañana?

Skruda esbozó una mueca.

—El mar continúa agitado, y por otra parte no hay ningún teléfono en veinte kilómetros a la redonda. Creo que es preferible que esperen un poco más.

En ese momento, la muchacha entró y para Skruda fue como si brillara un sol de fuego que le calentara hasta la sangre.

Tras los saludos de rigor, comentó:

—Me dijo mi socio que anoche se había interesado usted por la historia de este castillo, señorita.

—Sólo le pregunté el nombre de la fortaleza. Sentía curiosidad.
—Y su inglés era armonioso y fluido, lo mismo que el de su primo.

—No obstante, y eso quizá fue una simple apreciación del buen Bickert, usted pareció impresionarse cuando le dijo que era el castillo de Zarkam.

Ella desvió la mirada. Tras un silencio murmuró:

—Tal vez… hay tantas leyendas espeluznantes en estas tierras, que la del conde Zarkam es una más.

—¿Se refiere a lo que la gente llama *Leyenda Negra*?

—Ciertamente.

—¿La conoce usted?

—No hay nadie en ambas orillas que la ignore, como no ignoran tampoco las otras que circulan por las aldeas y caseríos de montaña.

—Bien, al fin voy a enterarme de qué se trata.

Ella le observó, perpleja.

—¿Es que nunca ha oído hablar de esa historia?

—En absoluto. Sólo que relacionan este castillo con esa extraña *Leyenda Negra*.

El joven empujó sus gafas sobre el puente de la nariz. Dijo con enorme curiosidad:

—Yo también estoy a oscuras al respecto, querida. Nunca había oído mencionar siquiera este castillo.

—Tú no has vivido con los aldeanos tanto como yo…

—Entonces, cuéntenos la historia, por favor —suplicó Skruda, embelesado por aquella voz, y por el cálido aroma que parecía desprenderse del cuerpo joven de la muchacha.

No obstante ella titubeó. No parecía muy dispuesta a complacerle.

Al fin dijo:

—En realidad, es una de tantas sórdidas historias de la crueldad de la Edad Media. Estoy segura que usted conoce muchas otras semejantes.

—No importa. Además, nunca me había preocupado ese tema hasta ahora.

De nuevo ella pareció muy poco dispuesta a hablar.

Entre tanto Bickert reapareció trayendo café y tostadas con mantequilla y mermelada. Los cuatro se instalaron en torno a la mesa y el tema de la leyenda pareció relegarse por el momento.

Hasta que terminaron y de nuevo Skruda insistió.

—Es algo desagradable —empezó la hermosa muchacha—. El conde Zarkam raptó una bellísima doncella. En aquel tiempo, estos hechos eran corrientes porque los nobles detentaban el poder absoluto. Eran señores de horca y cuchillo, como usted sabe. El conde Zarkam no era una excepción, en todo caso era el compendio de la maldad demoníaca que atesoraban los nobles de su especie.

Skruda se arrellanó en la silla y encendió un cigarrillo. La dulce voz de Nicola parecía mecerlo en un placer anticipado.

—Sólo que con la muchacha raptada las cosas fueron distintas. Se enamoró perdidamente de ella y la hizo su esposa a la fuerza. En realidad, parece ser que la hizo su prisionera porque de repente sintió celos hasta del aire que ella respiraba. Poseer para él solo aquella belleza sublime era una victoria sobre todos los demás, pero pensar siquiera que otro pudiera desearla le volvía loco. Durante mucho tiempo nadie volvió a verla. Después, de algún modo, un joven capitán de sus propias huestes se prendó de la doncella al verla un día en los jardines del castillo.

—Desde Romeo y Julieta… —empezó Bickert, pero una furibunda mirada de su jefe le cortó la voz.

—A partir de ese día los dos jóvenes se amaron locamente. Y el amor no conoce barreras y ellos consiguieron complicidades y al fin consumaron su amor.

Skruda murmuró:

—Naturalmente, fueron descubiertos.

—Sí.

—No podía fallar. Todas estas historias terminan del mismo modo.

—Ésta quizá varía un poco —repuso Nicola suavemente—. El conde Zarkam descubrió el amor de su esposa por el capitán, y que durante un tiempo los dos jóvenes habían logrado pasar muchas horas solos. El odio y su natural perversidad se despertaron con el furor de un huracán. Hizo que el capitán fuera llevado a la cámara de tortura. Después obligó a su esposa a presenciar el suplicio…

—En eso sí que eran verdaderos expertos en aquella época —la interrumpió de nuevo Skruda—. En los sótanos de este castillo se conserva aún todo lo que empleaban… y produce escalofríos imaginar para qué servía cada uno de los aparatos.

—No utilizó aparato alguno, sólo una mesa donde amarró al capitán. Allí le sacó los ojos en castigo por haberse atrevido a mirar a su esposa. Después le arrancó el corazón que tanto había amado, y todavía palpitante hizo que ella lo viera, como había presenciado la salvaje carnicería.

Bickert se estremeció.

Skruda dijo:

—¿Y qué hizo con ella?

Hubo una larga pausa.

Después, de nuevo se elevó la voz dulce de la muchacha.

—Dicen que había mazmorras excavadas en la roca viva. Dentro de una de ellas colocó el cuerpo del capitán, de pie. Después, encadenó a su esposa al lado del cadáver y así la condenó a no tener otra compañía durante todo el tiempo que tardase en morir. Hizo quitar la reja de la mazmorra y después, una piedra cada día, los emparedó lentamente, gozándose con la atroz agonía de su esposa, muriendo poco a poco al ritmo que el cadáver de su amado se descomponía. Cuando colocaron la última roca dicen que ella

aún estaba consciente y que durante muchos días después se oyeron apagados, sus lamentos.

—Hay que reconocer que la gente tiene imaginación —rezongó Bickert.

—Debe haber algo más para que la gente sienta terror hacia este lugar —insistió Skruda—. ¿Salieron los espíritus de la pareja emparedada para castigar al conde?

—El conde fue encontrado un día, tiempo después, muerto en su lecho y sin corazón. Se lo habían arrancado como él hiciera con el capitán.

—¿Y…?

Ella abatió la mirada y añadió para terminar:

—Cuenta la leyenda que el corazón se lo habían arrancado en vivo. Desde entonces, las consejas populares dicen que los espíritus de los amantes vagan de vez en cuando por el castillo, condenados a no encontrar la paz hasta haber castigado en otro mal hombre la perversidad del conde Zarkam.

El joven Giuseppe se estremeció.

—¡Brr! —exclamó—. Qué historia más siniestra…

Bickert remachó:

—Entonces, esa pareja han esperado demasiado tiempo para obtener su paz, porque ahora ya apenas quedan condes perversos, aunque sí nobles arruinados y convertidos en gigolós.

—Bien, quizá no sea necesario un conde precisamente… la leyenda habla de *otro mal hombre* —comentó Skruda con ironía—. Podrías ser tú por ejemplo, Bickert.

—Yo soy una bellísima persona —rió el asesino.

—De cualquier modo —dijo Skruda con un extraño tono de voz, y clavando sus ojos turbios en la muchacha—, es posible que en cierto modo la historia se repita en pleno siglo veinte.

Reinó un sorprendido silencio.

Tan denso que incluso Bickert se encontró incómodo.

Después, Cardoni murmuró:

—Temo que no comprenda qué quiso usted decir, señor Skruda.

Éste decidió que había llegado el momento de quitarse la máscara. Por otro lado, el fuego que ardía en sus entrañas le torturaba con su vorágine de deseo.

—Es, sencillo. Sabiendo ya esta leyenda, yo puedo ser el mal

hombre de que habla. O el nuevo conde Zarkam. ¿No le parece?

—Está bromeando, por supuesto.

—¿Usted cree? Digamos entonces que yo soy el conde Zarkam, y su bellísima prima la joven de quien me he enamorado con una pasión desorbitante, diabólica, incontrolable. Una pasión sin límites que al mirarla se convierte en un frenesí de deseo.

—¡Le ruego que no siga! —estalló la muchacha, incorporándose.

—¡Siéntese! —rugió—. Siéntese y escuche. Ahora y aquí, yo soy ese señor de horca y cuchillo de que ha hablado usted antes. La deseo hasta la locura y nada se interpondrá en mis deseos… nada ni nadie, mi bellísima cautiva.

Giuseppe Cardoni se levantó de un salto.

—¡Ha rebasado usted todos los límites de lo tolerable, señor! —exclamó temblando de ira—. Le exijo que presente sus disculpas a Nicola antes de irnos.

—Ustedes no irán a ninguna parte. Estoy hablando con calma tratando de que ambos comprendan la situación. Supongo que como familiares ella le aprecia a usted, mi joven huésped… de modo que usted es la garantía de que acabará accediendo a mis deseos de buen grado. No quiero tener a una mujer por la fuerza. Quiero que ella venga a mí. Creo que he hablado claro, ¿no es cierto? Si ella no accede, usted morirá.

Bickert cerró los dedos en torno a la culata de la pistola. En cierto modo se alegraba de que hubiera llegado el momento. Cuanto antes empezara antes terminaría.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada de asombro y perplejidad.

Después, la muchacha murmuró con voz ahogada:

—Ahora estoy segura de que habla en serio, pero antes de ser suya prefiero la muerte, señor. Sentiría asco de mí misma el resto de mis días si…

—¿No aprecia entonces la vida de su primo?

Ella desvió la mirada hacia el joven. Giuseppe estaba muy pálido, pero detrás de los cristales de sus gafas brillaba una cierta resolución.

—Olvídate de mí, querida —dijo—. Después de todo, no todo está perdido aún.

Bickert le presionó la espalda con el cañón de la Luger.

—Amiguito —dijo riéndose—. Como dicen en el infierno, abandona toda esperanza… porque este juguete abre unos agujeros como puños.

Skruda se había levantado. Sus dedos temblaban da excitación mal contenida cuando encendió un cigarrillo.

—Le daré tiempo para reflexionar, preciosa mía. Pero para garantizar su… digamos buen comportamiento, durante el tiempo que dure su reflexión la vida de su primo penderá de un hilo. Llévalos abajo, Bickert.

—Espera un minuto, Hubert, no vayas a tomarte demasiado en serio tu papel. Una cosa es pegarle un tiro a un tipo y otra hacerle todas esas porquerías de la leyenda.

—Eso dependerá exclusivamente de ella.

Les empujaron hasta las escaleras del sótano, y una vez allá abajo entraron en la cámara de torturas.

La muchacha contuvo el aliento al ver la profusión de horribles aparatos, ruedas dentadas, tornos y mesas claveteadas.

CAPÍTULO VII

Las horas transcurrieron horriblemente monótonas y sumidas en un silencio de muerte para el prisionero.

Cardoni había intentado forzar el candado.

Fracasó.

Después, valiéndose de un diminuto cortaplumas, había probado a descalzar el muro en torno a los barrotes que aseguraban las rejas. Rompió la hoja del cuchillo y se desesperó un poco más.

Por el ventanuco vio debilitarse la luz del día y asomar las primeras sombras de la noche.

Había momentos en que no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos en relación con su prima. Se odiaba a sí mismo por desear que ella cediera a las bajas apetencias de Skruda para salvar su propia vida.

Pero en otros instantes de lucidez deseaba que ella se mantuviera firme, sin consentir verse mancillada por un rufián detestable. Quizá en esos momentos aún esperaba que todo se redujera a una broma de mal gusto.

Aunque cuanto más pensaba en ello más se convencía de que Skruda había hablado en serio.

Del castillo no le llegaba rumor alguno, sólo aquel silencio viscoso, de tumba, que parecía metérsele a uno en el cerebro vaciándolo incluso de su capacidad de raciocinio.

Sólo del exterior le llegaba el ahora cadencioso ritmo del mar en calma, y de vez en cuando el graznido de un pájaro.

Cuando cayó la noche sin que nadie se hubiera vuelto a molestar para averiguar si estaba vivo o muerto, por entre la reja del ventanuco penetró un blanco rayo de luna.

Y entonces escuchó el crujido.

Se enderezó de súbito, porque había resonado a su lado, junto a la mazmorra.

Se pegó a la reja y trató de ver de qué se trataba.

Le resultaba imposible ver la pared, pero el crujido se repitió una y otra vez, con un extraño acompañamiento de sonidos inexplicables.

Pensó que alguien estaba escarbando en el muro desde el otro lado, alguien que venía en su auxilio.

Después le pareció oír un quejido, una voz llena de angustia.

Pero eso era imposible porque ninguna voz podía atravesar la piedra maciza.

De repente sonó un sordo y duro golpe. Una enorme roca había caído al suelo. Pudo verla desde donde estaba y ya no le cupo duda. Había alguien allí… alguien que podía ayudarle.

—¡Por favor! —exclamó—. ¡Sáquenme de aquí…!

Le pareció oír otra vez el sonido de unas voces muertas. Eran como suspiros que no salieran de garganta humana, sino que flotaran en el mismo aire enrarecido de aquel antro.

—¡Auxilio! —insistió—. ¡Tienen que sacarme de aquí. Nicola… arriba…!

Entonces se movió algo junto al muro.

Desde aquella cavidad en que se hallaba no podía verlo con claridad, pero le asombró la manera como *aquello* se materializó allí, junto a la enorme piedra.

Después, cuando creyó captar los contornos de lo que fuera que había aparecido, sintió el frío glacial de la muerte introducirse en sus venas, en sus nervios, en su mismo cerebro, para paralizarle con un espanto negro y terrible, un horror sin límites que sólo podía ser producto de una atroz pesadilla.

La figura del hombre se movió, inundada de luz de luna.

Era un hombre alto, delgado, cubierto de harapos y a cuyo alrededor se expandía un espantoso hedor a muerte. Cuando se volvió, Cardoni vio que su rostro cadavérico mostraba unas cuencas vacías, sin ojos. En las cavernas óseas refulgía un brillo rojo como una llama del mismo infierno.

Sobre el pecho… sobre el pecho cubierto de harapos la luz de la luna atravesaba el cuerpo allí donde debiera haber habido el corazón, si es que una pavorosa visión como aquélla podía tener corazón.

El cautivo sintió que le flaqueaban las piernas mientras aquellas

cuencas vacías parecían clavarse en él quemándole con el fuego rojo que encerraban. Poco a poco se deslizó pegado a los barrotes, sin fuerzas, hasta quedar arrodillado en el suelo, boqueando, ahogándose…

El espectro tendió la mano hacia la pared. Sus movimientos eran lentos, pausados. Al extremo de su mano pareció un instante que se adhería un jirón de niebla blanca. Luego, otra forma más frágil y delicada se colocó ante los ojos desorbitados del prisionero que sentía golpearle el corazón en la garganta y que se ahogaba a impulsos de horror.

Las dos figuras espectrales se deslizaron hasta detenerse frente a él. Cardoni cerró los ojos incapaz de asimilar tanto horror, pero no antes de haberse dado cuenta de que la figura blanca era una mujer de rostro carcomido, putrefacto, a cuyos lados caían, lacios, los largos cabellos sucios de tierra.

Cuando volvió a abrirlos estaba solo y no quedaba otro rastro de los siniestros aparecidos más que el hedor que le daba náuseas, que le envolvía en oleadas como si se hallara hundido en una masa putrefacta.

Sollozando, se dejó caer hacia atrás sacudido por espasmos que el terror agudizaba.

Por primera vez deseó haber muerto. Lamentó que el mar no les hubiera engullido durante la tempestad para ahorrarse ahora esta pesadilla que parecía haber abierto las puertas del infierno…

* * *

También Nicola sollozaba echada de bruces sobre la cama de su habitación.

No sentía el frío.

Era incapaz de experimentar nada que no fuera pánico, asco y angustia por la suerte de su primo.

Minutos antes Skruda había asomado la cabeza por la puerta para recordarle que el plazo se extinguía en esa noche que no parecía que fuera a tener fin.

Desde que se encerró en la soledad del cuarto había perdido la noción del tiempo. Le pareció que había pasado muy poco desde la

anterior visita cuando Skruda entró de nuevo y se detuvo junto al lecho.

Ella se incorporó, secándoselas lágrimas.

Él dijo:

—¿Has decidido ya, querida?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Recuerda a tu joven primo. Antes del amanecer habrá muerto si continúas negándome tus caricias… y después nada impedirá tampoco que seas mía, sólo que habrás sacrificado inútilmente una vida humana… Piénsalo, preciosa. No quisiera tomar por la fuerza lo que tú puedes darme a raudales… tu pasión, el fuego que se esconde detrás de tus labios…

—¡Váyase, salga de aquí!

—Escúchame aún… Estaré esperándote en mi habitación. Es la primera puerta a la derecha de este mismo pasillo. Sólo con que vengas y cruces mi puerta tu primo estará salvado.

De nuevo la venció el llanto y se cubrió la cara con las manos.

Skruda retrocedió hacia la puerta…

CAPÍTULO VIII

Bickert, arrellanado junto al fuego, gruñó:

—¿Tú crees que ella irá voluntariamente a tu habitación? Déjame decirte que has perdido el seso, Hubert.

—Vendrá..., estoy casi seguro. Sobre todo si ve que estoy a oscuras. La oscuridad presta a las mujeres cierto valor al no tener que enfrentarse a plena luz con lo que las humilla.

—Tonterías. Esa chica es terca y tiene valor.

—Precisamente, porque tiene valor es por lo que cederá. Querrá salvar a su primo a costa de lo que sea.

Bickert levantó la mirada hacia su socio. Vio la tensión en su rostro, y el brillo febril de sus pupilas turbias y meneó la cabeza.

—Sea como sea, Hubert, todo esto se me antoja una locura. ¿Has pensado qué harás con la pareja cuando estés satisfecho? No podemos dejarlos sueltos para que corran a denunciarnos.

—¿He hablado yo acaso de dejarlos sueltos?

—¿Entonces...?

—Mantendremos las cosas como están durante unos días... una mujer como ésa, Bickert, hay que saborearla a pequeñas dosis.

Soltó una carcajada.

Bickert insistió:

—¿Y después?

—Bien..., el mar es hondo, grande... Nunca devolverá dos cadáveres bien lastrados. Y tú y yo sabemos mucho de esa técnica, ¿no te parece?

—Está bien, haz lo que quieras, pero ojalá no tengamos que arrepentimos algún día...

—No seas pusilánime, camarada. Me voy arriba antes de que ella se decida. Y no te duermas. Si alguien quiere volver a jugar esta noche, dale plomo. ¿Entendido?

—No necesitas repetirlo.

Skruda se fue y Bickert quedó solo.

Sentía una vez más la extraña desazón que le atormentaba, y comenzaba a percibir aquel hedor inexplicable, aunque débil aún.

Sacó la Luger y comprobó que hubiera una bala en la recámara. Después, la dejó a su lado, sobre la mesita y al alcance de la mano. Así sería más fácil empuñarla al menor síntoma de alarma.

Encendió otro cigarrillo y atizó la lumbre de la chimenea.

Después llenó un vaso con *whisky* solo y lo apuró a grandes sorbos.

De todos modos, si lo pensaba con calma, el condenado Skruda no andaba errado al desear a aquella muchacha. Había de reconocer que nunca vio ninguna otra ni siquiera parecida. Lo tenía todo desde cualquier ángulo que se la mirase. Y en su rostro había un oculto fulgor que cuando se convirtiera en llama en los brazos de un hombre éste alcanzaría las cimas del paraíso.

Aunque dudaba que ese hombre fuera nunca Skruda…

Entonces se enderezó, ahogando las náuseas. La pestilencia a muerto en descomposición se agudizaba por instantes y apenas si podía respirar.

Maldijo en voz alta y acercándose a la ventana la abrió de par en par para renovar el aire y librarse así de ese hedor pútrido que parecía llegar en oleadas para desvanecerse después de manera incomprensible.

Dejando la ventana abierta regresó junto al fuego. En unos instantes se le antojó que la temperatura descendía hasta el punto de congelación.

Maldijo entre dientes y volvió a cerrar la ventana.

Instantáneamente, el hedor se adueñó de la estancia. Casi era preferible congelarse que soportar aquella peste a cadáver.

Llenó el vaso una vez más y ahora lo vació apresuradamente, ansiando que el ardor del alcohol se llevara garganta abajo aquel regusto nauseabundo que la pestilencia parecía incrustar hasta el fondo de cada una de sus fibras.

Sentado en el sillón, contemplando la danza sedante de las llamas, Bickert no advirtió que la puerta comenzaba a abrirse lenta y silenciosamente, sin el menor ruido, igual que sostenida por el aire…

El aire fétido de la muerte.

CAPÍTULO IX

La sombra se materializó al pie del muro después de haber recorrido el enfangado camino. Llevaba el sombrero impermeable y la gabardina oscura.

Durante unos largos instantes permaneció inmóvil, como fundida en la lóbrega oscuridad de la fortaleza medieval. Después, cautelosamente, empezó a deslizarse a lo largo de la pared.

Estaba a mitad del recorrido cuando se inmovilizó nuevamente, escuchando.

Bajo sus pies le pareció oír un sollozo agudo, histérico.

Se agazapó ante el ventanuco enrejado. No cabía duda. Alguien sollozaba de un modo muy extraño en aquel pozo de sombras. Lo que impresionaba de aquel fantasmagórico llanto era que procedía de una garganta masculina.

Era un hombre quien lloraba.

Intentó penetrar con la mirada aquella oscuridad. La luz de la luna rompía sobre un muro del que parecía haberse desprendido una piedra de gran tamaño, pero el resto quedaba en tinieblas.

Arriesgándose, murmuró:

—¿Quién está ahí?

Los sollozos cesaron de repente.

Él repitió:

—¿Hay alguien?

Una voz rota jadeó:

—¡Auxilio!

—No grite… ¿Qué sucede, quién es usted?

—¡Tiene que sacarme de aquí quien quiera que sea usted…!

—¡Hable en voz baja!

—Está bien —susurró Cardoni—. Estoy encerrado en una especie de celda enrejada… van a matarme…

—¿Quién es usted?

—Me llamo Cardoni… Giuseppe Cardoni…

—¿Giuseppe Cardoni?

—Sí.

—¿Sabe si ese sótano tiene alguna entrada a la que yo pueda llegar?

—Sólo la escalera… pero ahí, en el muro… ¡Dios bendito!

—¿Qué le pasa ahora?

—Aparecidos… espectros horribles, señor. Los he visto… ¡Le juro que los he visto con mis propios ojos!

—¡Cierre la boca o alarmará a todo el castillo!

El hombre del impermeable hablaba en italiano, aunque si Cardoni hubiera estado en condiciones de razonar habría advertido que era un italiano forzado y torpe.

—¿A qué altura del suelo queda esta ventana, lo sabe usted?

—No… tres o cuatro metros por lo menos… esta cripta es alta, enorme…

—Bueno, ahora permanezca en silencio. No hable en absoluto.

—Pero esas cosas van a volver… y son espantosas, se lo juro. ¡Tiene que sacarme de aquí!

—¡Condenación! ¿Quiere callarse?

Cardoni enmudeció, temeroso de que también esa esperanza en forma de voz le abandonara.

El intruso revolvió en los profundos bolsillos del impermeable hasta encontrar lo que buscaba. Instantes después, Cardoni oyó el suave chirrido del metal contra metal.

El hombre trabajaba pausadamente, pero sin descanso. Su finísima hoja de acero mordía el mohoso hierro de la reja con un chirrido característico. Por una vez, echó de menos la tempestad de la otra noche para que el fragor del viento y los truenos apagara el ruido.

Mientras trabajaba no pensaba en el tiempo. Sabía que el peor enemigo de quien intenta hacer lo que él se proponía son los nervios y la impaciencia, de modo que cuando el primer barrote cedió todo lo que hizo fue cambiar de postura y atacar al segundo.

Los viejos hierros cedían uno tras otro a los ataques del acero.

Cuando venció al último sostuvo la reja y la retiró con cuidado, depositándola en el suelo con tanto cuidado como si fuera de frágil cristal.

Tras esto, volvió a hurgar en los bolsillos. Empuñó una diminuta linterna eléctrica y un fino rayo de luz se hundió en el pozo de tinieblas hasta chocar contra el suelo. Comenzó a deslizarlo aquí y allá, estupefacto al contemplar los instrumentos de tortura medievales.

Al fin descubrió las rejas del fondo, y pegado a una de ellas un hombre de rostro desencajado, crispado por el terror, que miraba el rayo de luz igual que alucinado.

Calculó la distancia hasta el suelo. Era un buen salto, aunque no para él.

Contorsionándose, se colgó por el interior del ventanuco. Cuando se soltó lo hizo impulsándose ligeramente hacia atrás para caer a un metro del muro.

Sus piernas amortiguaron el golpe flexionándose como duros muelles. Apenas si sus zapatos de goma produjeron un apagado plof y estuvo de pie abajo, junto a una mesa erizada de puntiagudos clavos mohosos.

Se acercó a la celda. El cautivo trataba de verle desde el otro lado. Las lágrimas corrían por sus mejillas que tenían un tono grisáceo.

—Tranquilícese, Cardoni —susurró—. Le sacaré de aquí.

—¡No, no, vaya arriba ahora que ha logrado entrar!

Perplejo, el hombre se echó el sombrero hacia la nuca.

—¿En qué quedamos, no desea que le libre de su encierro?

—¡Dios, ya lo creo que sí! Sobre todo por si vuelven esos… horribles seres que salieron del muro… espectros del infierno… Pero Nicola necesita ayuda.

—¿Nicola Tasvere?

—¡Sí, sí! Pero… ¿cómo sabe usted…?

—No se preocupe. ¿Cuántos hombres hay en el castillo?

—Dos…

—¿Seguro?

—Yo no vi otros… pero vaya arriba. Olvídese de mí… no pierda más tiempo. Ese engendro… Skruda, quiere violarla, ¿comprende?

El otro pareció pensarlo un poco. Se oyó un breve rechinar de sus dientes y después gruñó en voz baja:

—Si a estas horas no lo ha conseguido ya no lo logrará esta noche. Y si lo hizo… no hay ninguna prisa en matarlo.

Cardoni se quedó mudo.

Las manos del desconocido reconocían los eslabones de la cadena, el candado, los barrotes…

—El candado —susurró entre dientes.

El acero comenzó a roer al hierro. El hombre mascullo:

—¿Qué diablo de peste es ésta que hay aquí, Cardoni?

—El hedor a cadáver… a muerte…

—En todo caso debe tratarse de un cadáver muerto hace mucho tiempo a juzgar por la pestilencia.

—¿Mucho tiempo? Los dos murieron hace centenares de años…

La lima dejó de chirriar de golpe. Después, la luz de la linterna brilló otra vez alumbrando el rostro alucinado del cautivo.

—¿Está usted loco o qué? —rezongó su libertador—. ¿Qué es eso de que esos cadáveres llevan centenares de años muertos?

—¡Es cierto! Tiene que ser cierto.

—Estarían convertidos en polvo, no olerían a nada. Debe haber perdido usted la chaveta.

—¿Qué?

—La razón.

—¡Le digo que los he visto…!

—Saliendo del muro, ¿eh?

—Sí… primero se desprendió una piedra.

—Eso ya lo vi. Hay un boquete en la pared.

—Brotaron de allí… la leyenda… La Leyenda Negra.

El hombre suspiró, apagó la linterna y reanudó su trabajo, lento y paciente.

Cardoni recobraba la voz por instantes. La voz, la esperanza y el valor.

—Oiga —musitó—. ¿Quién es usted? Habla italiano, pero no lo es… ¿O me equivoco?

—Me llamo Milland.

—¿Inglés, como Skruda y el otro?

—Ellos no son ingleses, sino americanos.

—Usted también debe serlo entonces.

—Sí.

—Antes dijo que iba a matar a Skruda… ¿O fue sólo una manera de hablar?

—Preferiría cazarlo vivo, pero no creo que vaya a darme

facilidades, de modo que si él se empeña le mataré.

Cardoni sintió un escalofrío ante el cortante tono de aquella voz que no parecía alterarse por nada de este mundo.

El candado cedió al fin. La cadena tintineó cuando Milland la dejó en el suelo.

Luego encendió de nuevo la linterna y sé incorporó.

—Salga, Cardoni —dijo con voz queda.

Giuseppe empujó la reja y ésta chirrió, abriéndose.

—Me gustaría verle la cara, amigo —murmuró—. Me ha salvado usted la vida.

—No se preocupe ahora por eso. Eche un vistazo por aquí y busque algo que pueda servirle de arma. Tal vez tenga que pelear.

—Ya puede jurar que lo haré… Esos puercos van a lamentar no haberme matado antes. Pero no espere que me enfrente a los espectros.

—¿No puede quitarse esa estupidez de la cabeza, hombre?

—Usted no los ha visto.

Milland retrocedió hasta el boquete del muro. Introdujo la mano y el haz de luz barrió las sombras de la oquedad.

Vio que se trataba de otra celda de dimensiones parecidas a las demás, pero tapiada por completo excepto el agujero. La fetidez que brotaba por él le arrojó de espaldas.

En el suelo del reducido antro había unos harapos casi pulverizados por el paso del tiempo.

Se echó atrás, ahogándose con las náuseas.

—¡Cuernos! —jadeó—. ¡Sea lo que sea que hubiera ahí, olía que apestaba!

—Espectros de la leyenda, Milland, ya se lo dije.

—Y no lo repita, me pone nervioso y hace que empiece a arrepentirme de haberle sacado. Quizá donde estaría usted más en su salsa sería justamente encerrado y con una camisa de fuerza.

—¿Cree que estoy loco?

—Prefiero no pensar en eso. Vamos a ver qué ha sucedido con su prima.

—¿Cómo sabe también que ella es mi prima? Yo no se lo dije.

Milland suspiró.

—Mire, vi su motora allá abajo, anoche. Tomé nota de la patente y realicé algunas averiguaciones, así supe de su aventura en

el mar. Todo el mundo les daba por muertos. Así fue como supe de su existencia.

—Entiendo… lo que no comprendo es quién es usted.

—Por el momento, limítese a saber mi nombre.

Tanteó la puerta de las escaleras y la encontró abierta. Antes de empezar a subir masculló:

—Ahora, cuidado con hacer el menor ruido. Y pase lo que pase no intervenga a menos que necesite defenderse usted. Tengo el presentimiento de que no es precisamente un héroe y si tengo que liarme a tiros sólo me estorbaría.

Cardoni ni siquiera replicó. Había encontrado una barra de hierro y la apretaba entre sus dedos. En su fuero interno estaba seguro de que si llegaba la oportunidad de utilizarla contra Skruda o su cómplice no titubearía.

Por primera vez en su vida, Cardoni comenzaba a sentir el vértigo que produce las ansias de matar.

CAPÍTULO X

Bickert descubrió que la puerta estaba abierta de par en par cuando se levantó para abrir otra vez el ventanal y librarse así del fétido hedor que le mareaba.

Se quedó un instante paralizado. Luego atrapó la pistola de un zarpazo y tensó el dedo en el gatillo.

Paseó la mirada en torno. Quizá esperaba ver nuevamente el cuchillo suspendido en el aire, o deslizándose por arte de magia en busca de su propia garganta.

No vio nada.

Sólo la pestilencia densa, irrespirable.

Corrió hacia la puerta y encendió todas las luces, volviéndose como un rayo, agazapado, la pistola sujeta firmemente a la altura de la cintura.

Estaba solo.

Por un segundo calibró la conveniencia de llamar a Skruda. Sentía un creciente pánico adueñarse de sus sentidos. Algo como jamás antes había experimentado, algo parecido a lo que debieron sentir sus víctimas cuando cayeron bajo su mano homicida, pero que nunca le había preocupado hasta ese instante.

Dio un vistazo al vestíbulo. Había sólo dos pequeñas lámparas encendidas, de modo que la mayoría de rincones estaban en penumbra. En cualquiera de ellos podía haber alguien agazapado.

Aspiró hondo. Luego, tendiendo la mano armada por delante se dispuso a salir del salón.

Dio un paso cauteloso, los ojos captando cada detalle…

Se detuvo igual que herido por un rayo.

La armadura más cercana seguía erguida en su lugar, pero alguien le había quitado la tremenda espada de doble filo, aquella espada que Skruda apenas si pudo manejar.

Bueno, alguien estaba en el castillo armado de una espada, pero

él disponía de una Luger. Quien fuera que quería jugar al escondite iba a encajar buen plomo.

Adelantó otro corto paso, el dedo cosquilleándole en el gatillo, impaciente por disparar.

Justo en aquel instante, antes que hubiera salido del todo por la puerta, algo zumbó en el aire y una especie de maldición de hierro descendió igual que un rayo, y Bickert sintió un dolor increíble en el brazo y vio, despavorido, cómo su mano saltaba en el aire, cercenada de un solo tajo con la tremenda espada del guerrero. La mano y la pistola rodaron por el suelo mientras él boqueaba enloquecido de dolor, ahogándose en sus ansias infinitas de gritar, de lanzar los alaridos que parecían explotar en su cerebro ante su impotencia para modularles con palabras.

Emitió un quejido mientras todo daba vueltas a su alrededor. La sangre brotaba a borbotones del muñón que era su muñeca.

Lanzó un grito, ronco, agudo, balbuceante.

Y entonces lo vio y creyó que el dolor le había arrebatado la cordura, porque aquel espanto no podía estar allí, mirándole y sosteniendo la espada en una mano descarnada sin más esfuerzo aparente que si empuñara una pluma.

¿Mirándole?

Aquello carecía de ojos… él veía las cuentas óseas vacías, aunque animadas por un fulgurante chispazo rojo que parecía llegar de las profundidades del cráneo… un cráneo que conservaba adherida una piel carcomida como pergamino viejo.

Bickert se apoyó en la jamba de la puerta. Las piernas le flaqueaban y experimentaba un horror total, absoluto, como nadie sintiera jamás.

El espectro se movió al fin, como si se hubiera cansado de pronto de contemplarle. Bajó lentamente la espada hasta soltarla. El hierro tintineó contra el suelo.

Bickert retrocedió por el zaguán, tambaleándose, hipando de dolor y aullando en sus entrañas con aquella voz que el horror le impedía encontrar.

Parecía como si un halo fosforescente envolviera al aparecido. Sus harapos eran apenas hilachas sin color, y el espantoso boquete de su pecho desgarrado dejaba entrever las líneas cerúleas de unas costillas rotas.

Bickert se hundió por un pasadizo, siempre retrocediendo acosado por la aparición que le seguía paso a paso. Sollozó, ahogándose en su propio terror, dándose cuenta de que no tenía esperanza, de que había perdido una mano y la pistola y de que estaba perdiendo hasta la última gota de su sangre.

Sus pies tropezaron con unos peldaños de piedra al final del pozo de sombras por el que había huido hasta entonces.

Allá, siempre moviéndose como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, el espectro del guerrero medieval proseguía su implacable acoso acechándole con sus cuencas vacías, con su boca descarnada, envolviéndole en su hedor a muerto.

Volviéndose, echó a correr escaleras arriba en plena oscuridad.

Las escaleras se retorcían como una serpiente de piedra. Vagamente se dio cuenta de que estaba encaramándose a uno de los torreones y ni siquiera pensó en qué ocurriría cuando llegara arriba.

De cualquier modo tampoco podía volver atrás, porque allí estaba aquella cosa sin nombre, aquel horror negro que subía peldaño a peldaño, sin ruido y sin pausa.

Todo comenzó a girar en torno a Bickert. La pérdida de sangre le debilitaba por momentos y el dolor espantoso de su brazo cercenado le sacudía en oleadas hasta el cerebro.

De vez en cuando cruzaba por delante de estrechas troneras a través de las cuales veía el sombrío cielo, las lejanas estrellas y un ramalazo de luz de luna. Después, volvía a sumergirse en la oscuridad más absoluta, tropezando, hipando, sollozando en medio de un incesante espasmo de pavoroso terror.

El corazón le golpeaba salvajemente en el pecho, dolorosamente en realidad porque además del cansancio y la angustia mortal, estaba quedándose sin sangre, que salpicaba los peldaños como si dejara tras sí una roja huella que el espectro pudiera seguir.

Alucinado, incapaz de razonar, sólo ansiaba mantener la mayor distancia posible entre él y su perseguidor. No se atrevía a mirar otra vez su muñón sangrante y sólo le mantenía de pie el ansia de vivir y la horrenda proximidad del espectro implacable.

Así desembocó en la azotea de la torre. Había un círculo de almenas y algo rígido elevándose a un lado.

La poterna por la que había irrumpido era de gruesa madera y estaba abierta. Ahora se precipitó sobre ella y la cerró, aunque por

su parte exterior carecía de cerrojo alguno. No obstante, Bickert apalancó con toda la fuerza que le restaba y esperó, con el dolor recorriéndole el cuerpo en oleadas hasta inundarle el cerebro, mezclándose con el espanto.

No supo cuánto tiempo tardó el aparecido en llegar. Supo que estaba allí cuando oyó el golpe contra la poterna. Aumentó su esfuerzo, hipando histéricamente.

Una fuerza colosal empujó desde el otro lado. La puerta cedió y él hubo de retroceder trastabillando ante su embate.

El espectro asomó, surgiendo al mismo ritmo pausado.

Bickert miró alrededor con ojos desorbitados, sabiendo que había acabado su huida, que aquello era el fin. Tras las almenas no había más que el vacío espantoso. Delante de él, la pesadilla cubierta de harapos que ahora parecía reírse de él con su boca descarnada y carcomida.

Buscó la voz al desplomarse sin fuerzas. Ya no ansiaba gritar, lanzar alaridos de dolor y de pánico, sino suplicar. Voz para suplicar piedad… para sollozar en voz alta por una vida sucia que terminaba como nunca había acabado otra vida de hombre sobre la tierra.

El espectro tendió sus manos como garras, piel y huesos, garfios de uñas puntiagudas. Bickert se sintió elevar hasta quedar de pie, cara a cara con el horror vivo.

Algo áspero rozó su garganta siempre sostenido por las manos poderosas del guerrero surgido de las profundidades del espanto negro del infierno.

Iba a arrojarle al vacío.

Bickert sollozó al fin. La voz, apagada como un balido le salió de nuevo por entre sus fauces resecas:

—¡Piedad… suélteme…!

El espectro no pareció oírle siquiera. Le impulsó hacia afuera y le soltó.

Cuando Bickert creía despeñarse al vacío, la soga dio un tirón salvaje y su cuerpo comenzó a balancearse en la horca siniestra que coronaba aquella torre.

Hasta que el movimiento de péndulo del cuerpo no se aquietó el espectro estuvo rígido entre las almenas, como gozándose del espectáculo. Después, con el fulgor demoníaco de sus cuencas

vacías, el horrible boquete de su pecho en el que brillaba la palidez del costillar roto, dio media vuelta y desapareció por la poterna en cuya oscuridad semejó desvanecerse.

CAPÍTULO XI

Desembocaron en uno de los pasillos que morían en el vestíbulo. Allí había la pálida y amarillenta luz de dos lámparas de poca potencia.

Cardoni susurró:

—Aquélla es la puerta del salón… está abierta y hay luz.

Milland levantó un poco el pesado revólver que empuñaba.

—No se mueva de aquí —musitó—. Si están ahí dentro me ocuparé de ellos yo solo.

Se deslizó a lo largo de la pared, tenso, el oído atento.

Consiguió dar un vistazo al interior de aquella sala. Chisporroteaba el fuego en la chimenea, pero no había nadie.

Entonces, a sus espaldas, sonó un ahogado quejido y se volvió en redondo.

Lo que le vio hizo que perdiera toda capacidad de reacción.

Una figura alta y cubierta de harapos se había detenido delante de Cardoni y parecía mirarle. Era algo horrible, con un espeluznante agujero en la espalda.

Cardoni boqueó y acabó desplomándose de rodillas ante el aparecido.

Ahogándose por el miedo y la pestilencia, Milland gruñó:

—¡No se mueva… sea lo que sea!

El espectro se volvió poco a poco.

Su rostro carcomido y descarnado se mostró en toda su horrible realidad. El fulgor rojo de sus pupilas vacías fue apagándose paulatinamente y cuando Milland se disponía a añadir algo más, dispuesto a utilizar el revólver, el espectro levantó una mano como una garra y su dedo semejante a un garfio señaló algo que había en el suelo, más allá de Milland.

Éste ladeó la cabeza, intrigado.

Casi dio un brinco al ver la mano en medio de un charco de

sangre, y la gran pistola que estaba sujeta entre los dedos rígidos de la mano cerrada.

—¿Qué infiernos…? —barbotó, volviéndose.

Cardoni continuaba de rodillas, parecía rezar.

Del espectro no había el menor rastro.

Parpadeó, dudando de sus propios sentidos. Tal vez todo había sido una simple pesadilla.

Pero la mano estaba allí, en el suelo. Y Cardoni gimoteaba igual que un demente.

De repente, Milland se dio cuenta estupefacto que en la cabeza del joven italiano el cabello se había vuelto gris y ese hecho le produjo quizá una impresión más profunda y terrible que la presencia de aquella cosa sin nombre que había creído ver.

Corrió hacia el muchacho y le ayudó a levantarse. Su rostro era una máscara crispada, pálido como la cera. Sus labios se movían sin cesar, aunque ningún sonido brotara de ellos.

—¡Ya basta, Cardoni! —rugió—. ¿Me oye? ¡Basta!

Le abofeteó dos veces con violencia. La cabeza del joven osciló de un lado a otro y sus ojos estrábicos lograron fijarse en Milland y le miraron como si fuera la primera vez que le veía.

—¿Dónde…, dónde está…?

—En ninguna otra parte. No existe. Métase eso en la cabeza si no quiere volverse loco.

—Lo he visto… y él me ha visto a mí. No tiene ojos pero me miraba… con las llamas que le sostienen…, que arden en sus cuencas vacías.

—Ha sido sólo una pesadilla. Esa cosa no puede existir.

—Usted lo ha visto también…

—No sé qué he visto. Y de cualquier modo, prefiero no saberlo. ¿Se encuentra mejor?

Cardoni asintió con un gesto. Milland pensó que cuando se viera en un espejo, con el pelo blanco y la cara cenicienta, recibiría la puntilla…

Sin embargo, la recibió mucho antes de todo esto.

Fue cuando él se apartó. La mirada desorbitada del italiano cayó sobre la mano cortada, la sangre…

Lanzó tal alarido que los tímpanos de Milland vibraron. Tras esto, se desplomó con los ojos en blanco igual que muerto.

—Era lo único que me faltaba…

Lo levantó en vilo llevándolo al interior del salón. Lo depositó sobre una butaca, delante del fuego. Vio la botella de *whisky* y con una mueca la atrapó de un zarpazo. Aplicó el gollete a los labios y bebió con glotonería un largo trago.

Dejó la botella y miró al inconsciente Cardoni. Su aspecto era lamentable, terrible teniendo en cuenta su juventud, porque viéndole podía creerse que se estaba mirando a un anciano.

Al fin le dio la espalda y salió del salón. Cuidando de no pisar la sangre, se puso en cuclillas realizando un rápido examen de aquel sangriento despojo.

No tocó nada. Sólo paseó la mirada alrededor al levantarse.

Vio la terrible espada sucia de sangre, tirada junto a la pared a un lado de la puerta.

—Es una pesadilla —masculló—. Apuesto que cuando despierte todo esto desaparecerá…

Pero Cardoni no era una pesadilla, porque oía su gimoteo incesante a medida que recobraba el conocimiento.

Regresó a su lado.

—Escúcheme —gruñó.

Como si volviera de muy lejos, el italiano levantó sus ojos miopes.

—Nunca lo olvidaré… —balbuceó—. No podré olvidarlo jamás…

—¿Dónde se llevaron a la muchacha?

—No sé… Arriba quizá, en su cuarto… o en la habitación de Skruda.

—¿Cómo no han oído nada? Usted ha soltado tal aullido que debe haber estremecido hasta los cimientos del castillo.

—Quizá…, quizá la han matado si ella no se ha prestado a sus sucias apetencias.

—Ahora lo veremos… Skruda es el motivo que me ha traído aquí.

—¡No me deje solo, Milland!

—Tengo un trabajo que hacer, amigo.

—¡No quiero quedarme solo… él puede volver!

Milland sintió tentaciones de atizarle en la cresta para librarse momentáneamente del muchacho, pero al fin desistió.

—Sea lo que sea, ha sucedido de todos modos —monologó.

Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Cardoni, que lo tomó con ansia. Él encendió otro y dejó pasar unos minutos escuchando el silencio…, peleándose con su mente para alejar de ella la horrible imagen del aparecido.

Ante ese ser espeluznante, hasta Skruda pasaba a segundo plano.

* * *

Sin embargo, Skruda, en esa noche de aquelarre, era el auténtico y feliz protagonista.

Cuando oyó abrirse la puerta de su habitación sintió que todo su cuerpo se ponía tenso.

Admitió que había llegado a dudar de que Nicola accediera a su deseo.

Pero se había rendido. Era ella la que acudía a su cita.

Se incorporó, abandonando la cama donde había esperado tumbado de espaldas. En la oscuridad oyó cerrarse otra vez la puerta. Arrugó la nariz, no obstante, porque al abrirse había penetrado un ramalazo de aquella pestilencia incomprensible.

—Sabía que vendrías —murmuró—. Debiste comprender desde el principio que sólo un hombre podría hacerte sentir todo el fuego que tú necesitas.

Su voz se extinguió, ronca como un murmullo.

La oyó acercarse, apenas un roce en la oscuridad.

—Nicola…

—Ssss…

—¿No deseas hablarme?

Tendió las manos, anhelante, ansioso.

Sus dedos se cerraron en torno a los mórbidos brazos desnudos de la joven. Sintió una sensación como de quemadura, como si la piel suave ardiera en una fiebre de deseo.

La atrajo hacia él conteniendo la respiración ante el instante de sublime triunfo que estaba viviendo.

Luego, la abrazó y el cuerpo juvenil se pegó al suyo mientras él buscaba sus labios allí donde debían estar. Los encontró. Eran ardientes, jóvenes, y al estrujarlos bajo los suyos, le transmitió el

fuego de su aliento, como si dentro de ella ardiera un incendio.

La sintió cómo levantaba los brazos y los enroscaba detrás de su cuello, cómo le dejaba la iniciativa mientras sus bocas seguían unidas en un beso que no parecía tener fin.

La levantó suavemente en vilo y ambos se recostaron en el lecho. Jamás mujer alguna le había besado con ese fuego, con esa salvaje intensidad. Se sintió momentáneamente aturdido porque él había esperado una entrega pasiva, quizá incluso gimoteante.

Y ahora tenía entre los brazos a una mujer de increíble belleza que parecía desearle con más intensidad aún de la que él sentía por ella.

Subyugado, Skruda ansiaba que todo eso no fuera un sueño, que ella continuase tan apasionada hasta el final, dejando las reflexiones para otra ocasión mejor y entregándose por entero al placer brutal de sus sentidos entorpecidos por el deseo.

De cualquier modo, y en medio del éxtasis, Skruda hubiera deseado disponer de un poco de luz para ver en toda su plenitud la radiante belleza de Nicola. Poder contemplarla sin trabas, sabiéndola suya y sabiendo también que lo era con plena conciencia, con pleno consentimiento.

—Te quiero, pequeña mía —susurró, la boca pegada a la ardiente mejilla—. Que me condene si conocí nunca una mujer como tú…

La respondió un breve quejido. Quizá de dolor, quizá de impaciencia.

—Haré que me ames —añadió entre beso y beso—. Quiero que nunca más nadie pueda amarte como yo.

De nuevo calló, sumergido en el fuego de aquella boca implacable.

La sentía tan suya entre sus brazos como si formara parte de su mismo cuerpo. Y era como un vértigo que amenazaba precipitarle a un abismo al que deseaba hundirse en cuerpo y alma.

Y repentinamente, en un instante, todo pareció cambiar.

En el primer instante, Skruda no supo qué sucedía, porque su mente se hallaba embotada. Todo él era puro instinto.

Pero el cuerpo hasta entonces tenso, suave y turgente, parecía desvanecerse entre sus dedos, aflojarse como si cambiara incluso de forma.

Y al mismo tiempo le envolvía de nuevo el hedor a putrefacción, a muerte vieja y sucia.

—Nicola… —jadeó.

Ella no respondió. Seguía atenazándole entre sus brazos, pero ahora se le antojaron menos suaves, duros y lacerantes.

Intentó desasirse, pero el abrazo de la mujer era tan duro como un dogal de hierro.

Asustado, tanteó en la oscuridad hasta localizar la lámpara que había sobre la mesilla. La encendió…

Un espanto sin nombre le invadió.

Y una náusea terrible, tan pestilente como el hedor en que ahora estaba sumergido.

Estaba abrazado a un cadáver en descomposición, y su boca había estado unida a las repugnantes y descarnadas encías de dientes amarillos.

Fue una vorágine la que le envolvió. El asco absoluto, de vómito, todo se mezclaba con la horrenda pesadilla. La pesadilla echa pestilencia. La pesadilla a la que había besado…

Lanzó un grito ahogado y trató de saltar a un lado. Con nuevo espanto se dio cuenta de que no podía y se forzó a mirar la carátula carcomida y putrefacta que tenía a unas pulgadas de su rostro.

Los ojos estaban abiertos y fijos, vidriosos, y sin embargo, poseían una cualidad de supervivencia increíble…, le miraban a su vez con fijeza, despiadados, implacables como la muerte.

Forcejeó desesperadamente. El amasijo blando y viscoso se agitó con él y la boca pareció reír… aquella caverna de hedor espantoso que había besado hasta perder la noción del tiempo.

Los brazos, puros huesos y piel a punto de desprenderse, a tiras, se deslizaron dolorosamente en torno a su cuello.

Él se echó atrás en un último intento de huir, de vomitar, de arrojar lejos de sí aquel sabor a podrido, aquel hedor que penetraba en sus entrañas como una marea de miasmas.

Casi lo consiguió.

Casi solamente.

Porque los dedos se cerraron nuevamente en torno a su garganta y empezaron a ejercer una presión creciente, hundiéndose en su carne como garfios de hierro.

Se sintió caer muy hondo, a un pozo sin fondo donde reinaba la

podre más abyecta, la fetidez de aquella cosa horrenda…

Se quedó sin fuerzas, como atenazado por una fuerza mil veces superior a la suya, a pesar de que ahora aquel horror viscoso estaba levantándose, apartándose de él. Y sin embargo, continuaba sin poder moverse.

Ella fue alejándose como si flotara hasta desaparecer más allá de la puerta.

Skruda hizo esfuerzos para incorporarse, para librarse de esa fuerza demoníaca que le sujetaba contra el lecho. No pudo moverse, sólo gimotear.

Entonces le asaltó el recuerdo del relato de Nicola. La narración de la *Leyenda Negra*, y todo el pánico del mundo le invadió de nuevo.

Aquella pareja de amantes en busca de la paz a través de los siglos…, el corazón del guerrero arrancado después de cegarle… Las imágenes de estas escenas atroces se le mostraban ahora con nítida realidad, como si las estuviera viendo.

La fuerza colosal que le mantenía clavado en la cama siguió aprisionándolo hasta que ella volvió.

Aquel horror de rostro carcomido y cuerpo informe del que emanaba la más abyecta fetidez que él hubiera podido imaginar.

Pero ahora se añadía un nuevo elemento a su terror cerval.

El cuchillo.

El puñal que ella sostenía entre sus garras, como acunándolo contra su pecho huesudo.

El mismo puñal que ya le fuera arrebatado una vez a la armadura del vestíbulo… Incluso pudo distinguir perfectamente el impacto de la bala de Bickert.

El espectro fue aproximándose sin prisa. Le miró.

Skruda sintió morir.

Ella apartó el puñal de su pecho y con la mano izquierda, pura garra en la que apenas quedaban jirones de piel, pareció acariciarle el pecho durante un instante hasta que se detuvo sobre el corazón, como si le gustara detectar los salvajes latidos desordenados que impulsaba el terror.

Después, como si cumpliera un rito, la aparición espectral levantó el cuchillo y apoyó la aguzada punta sobre el pecho, justo donde el corazón palpitaba como si se hubiera vuelto loco él

también.

Y entonces apretó y el hierro abrió el pecho de Skruda, para cumplir lo profetizado por la leyenda…

CAPÍTULO XII

Milland abrió la puerta y encendió la luz.

Sobre el lecho, tendida con las ropas en desorden, Nicola dormía profundamente.

Junto a él, Cardoni suspiró.

—Está viva…

Los dos hombres entraron en el dormitorio y ambos se inclinaron sobre la bellísima muchacha.

Subyugado, Milland permaneció inmóvil mucho tiempo, fija la mirada en la joven dormida, como fascinado por tanta belleza.

Cardoni susurró:

—No le ha sucedido nada…, de lo contrario, no podría dormir con esta calma…

—No es un sueño normal —dijo Milland.

—¡Cristo! ¿Quiere decir que la han drogado?

—No puedo saberlo.

—Entonces, ese bastardo puede…

—No adelante los acontecimientos. Ella no muestra ninguna señal de violencia. Despiértela… O mejor no —rectificó al darse cuenta de la impresión que la muchacha recibiría al ver el aspecto del joven—. Vayamos primero en busca de Skruda.

—Está bien.

Cardoni se aferró a la barra de hierro y siguió a Milland al pasillo.

Abrieron una puerta tras otra hasta llegar al dormitorio del rufián. Allí, Milland entró, sólo para detenerse de pronto como herido por un rayo.

Tras él, Cardoni emitió un quejido y hubo de apoyarse en la pared para no caer en redondo al suelo.

Sobre una cama que era un mar de sangre, yacía el cadáver de Hubert Skruda. En su pecho habían abierto un espeluznante

boquete… y carecía de corazón.

Milland luchó con el pánico que le invadía, con el horror negro y sin nombre que le empujaba a conclusiones que ni se atrevía a formularse.

—Le han arrancado el corazón —barbotó con voz que se ahogaba por instantes—. En mi vida había visto nada semejante…

—*La Leyenda Negra*… Se lo dije… Nicola la contó abajo…

Milland se volvió hacia él.

—Será mejor que regrese usted al salón, muchacho. Yo me ocuparé de todo este lío de aquí arriba. Emborráchese si quiere. Es lo que está necesitando.

—¿Y Nicola?

—Cuando despierte, ya no tendrá nada que temer.

Cardoni se fue con pasos vacilantes hasta desaparecer en las escaleras.

Tras un último vistazo al mutilado cadáver, Milland regresó a la habitación de Nicola, se acercó a la fascinante y bella durmiente y apoyando la mano en su hombro, la sacudió con suavidad.

—Despierte, ¿me oye? Despierte…

Ella parpadeó y ladeó la cabeza, fijando la mirada en el hombre.

De repente, dio tal respingo sobre el lecho que quedó sentada en él.

Y Milland vio asomar el pánico a sus grandes ojos da indefinible profundidad.

—Cálmese, ya no tiene nada que temer.

—¿Quién es usted…?

—Me llamo Milland, Clyde Milland. Pertenezco al Departamento de Narcóticos de Estados Unidos, si eso la tranquiliza…

—No comprendo… Me quedé dormida… ¡Dios bendito! —exclamó de pronto—. ¡Mi primo!

—Cardoni está bien…, dentro de lo que cabe. Pero no le hicieron nada esos rufianes, si es eso lo que la inquieta.

—¿Giuseppe está bien, no me miente usted?

—¿Por qué habría de mentirle? Únicamente que ha pasado por unas experiencias terribles y durante un tiempo vivirá obsesionado por algo que cree haber visto.

—No comprendo…

—Habrá tiempo para explicárselo. Ahora hablemos de usted.

Según su primo, Skruda pretendía… esto… abusar de usted. ¿Es cierto?

—¡Oh, sí! Me dio un plazo… y me quedé dormida. No puedo comprender cómo sucedió… Yo estaba terriblemente inquieta y desesperada…

—Eso no debe preocuparla. Fue un bien para todos que usted se durmiera.

—¿Dónde están esos horribles individuos, los ha detenido usted?

—Esto… todavía no. Quiero decir que en lo que respecta al otro… Bickert se hacía llamar, aún no sé qué ha sucedido. En cuanto a Skruda, no lamento en absoluto decirle que ha muerto, aunque de la manera cómo murió es punto y aparte.

—¿Quiere decirme qué ha sucedido esta noche, por favor?

—Más tarde. Ese maldito Skruda era el criminal más despiadado de cuantos he conocido, pero el condenado tenía buen ojo.

—¿Qué?

—Olvídelo. Quiero decir que usted es capaz de fascinar a cualquier hombre, incluyéndome a mí. Aunque a mí nunca se me ocurriría utilizar la violencia para conseguir su amor.

—Gracias…, pero no debe hablarme así después de las cosas terribles que han pasado.

—No lo sabe usted bien —exclamó Milland con un largo suspiro —. Y será preferible que siga ignorándolo. ¿Puede levantarse?

—Claro…

Saltó de la cama, arreglando como pudo sus arrugadas ropas.

Él seguía sin poder apartar la mirada de aquella mujer adorable que le traía como el vértigo de un abismo.

La tomó del brazo para ayudarla a sostenerse y abandonaron el dormitorio.

La puerta del cuarto de Skruda estaba cerrada, no obstante él apresuró el paso al cruzar ante ella.

Después, en el vestíbulo, evitó que ella viera la mano que seguía en el suelo y la llevó al salón.

La ventana estaba abierta dejando penetrar el aire frío de la noche.

—Creo que necesita usted un buen trago, Nicola. Y yo también dicho sea de paso.

Apenas había tomado la botella cuando allá afuera resonó un

grito agudo.

—¡Giuseppe! —exclamó la muchacha.

Milland se precipitó a través del ventanal. Nicola dio un respingo al verse sola en aquella lóbrega estancia y le siguió.

Vieron a Cardoni plantado en el barro, el cuello torcido y mirando hacia las alturas de una torre.

Allá arriba, tétrico y siniestro, el cuerpo de Bickert se balanceaba suavemente en la horca. Su silueta resaltaba con el brillo de la luna.

El agente americano rezongó:

—Si se trata de Bickert tampoco ha podido huir… y todo eso sin que yo tuviera que disparar ni un tiro.

Los dos primos estaban abrazados, llorando.

Les dejó solos a fin de que la muchacha pudiera asimilar mejor el terrible cambio sufrido por Cardoni, su primo, y él se dirigió al torreón.

Arriba comprobó que se trataba realmente de Bickert, ahorcado por algún poder increíble, aunque después de lo que había presenciado esa noche, Milland estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa por fantástica que fuera.

Incluyendo la subyugante belleza de aquella muchacha aparecida en su vida cuando sólo cabía esperar violencia y muerte.

Descendió otra vez. En cierto modo no estaba satisfecho, porque ahora sería más difícil cazar al resto de la pandilla de traficantes.

Además, habría que dar infinidad de explicaciones a las autoridades yugoslavas…

El rostro de la muchacha parecía resplandecer con nueva vida bajo la luz de la aurora. Incluso sonrió tímidamente cuando él clavó los ojos en sus pupilas.

Y sólo susurró:

—Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros… Nunca le olvidaré.

Él sonrió.

—Amiguita, de eso puede estar absolutamente segura. Yo me ocuparé de que no pueda olvidarme aunque lo desee. Dentro de poco tiempo, cuando haya cerrado el caso con la policía yugoslava, me dejaré caer por su preciosa isla para hacerle una visita.

—¿Cómo sabe dónde vivo?

—Sé muchas cosas de usted, aunque no tantas como quisiera. Con el tiempo las averiguaré. Es mi trabajo, ¿sabe?

Ella pensó que sí, que le gustaría que él supiera cosas sobre ella… Todas las que quisiera… Sin necesidad de emplear los burdos métodos de Skruda.

Todo era cuestión de tiempo.

De tiempo y de darle ciertas facilidades, desde luego.

F I N